TEORÍA KING KONG

virginie despentes

Título original, *King Kong théorie*, 2007.

2017

alentamos la impune expropiación de textos

A Karen Bach, Rafaëla Anderson y
Coralie Trinh Thi

ÍNDICE

Un paréntesis para esta edición

(Este texto puede ser leído como un grito. Un grito de esos que lanzamos ante la rabia que nos provoca la certeza de habitar un mundo profundamente opresivo. Un grito, pero no de queja, sino de provocación, que nos sacude a preguntas. ¿Cómo es posible que hayamos sobrevivido?, Gritos que ensayan respuestas contradictorias, despedazadas, que nos mueven a pensar cómo tramitamos individual y colectivamente las formas de la violencia del cispatriarcado sobre nuestro cuerpos. A comprender los mecanismos que nos han hecho inferiores y los modos a través de los cuales nos hemos convertido en nuestras mejores vigilantes.

Este texto puede ser leído como un intento de una teoría desmejorada. Porque si tenemos la certeza de que hagamos lo que hagamos siempre hay alguien que se esfuerza por decirnos que es una mierda, nos revolcamos en ese estiércol para aprehender de las experiencias de habitar la precariedad. Esta teoría sacude los modos en que introyectamos los manuales de la buena feminista, desmejora las formas, ensucia las buenas costumbres, desgarra los uniformes punitivistas, imprecisa las maneras del pensar. Este

texto puede ser leído como una teoría furiosa, quimérica, contra una sociedad que nos ha educado sin enseñarnos nunca a golpear, pero que sin embargo nos hemos animado a dar las batallas para destruir este mundo y hacer otros.)

TENIENTAS CORRUPTAS[1]

Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frígidas, las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras: no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar por ningún otro, porque ser Virginie Despentes me parece un asunto más interesante que ningún otro.

Me parece formidable que haya también mujeres a las que les guste seducir, que sepan seducir, y otras que sepan casarse, que haya mujeres que huelan a sexo y otras a la merienda de los niños que salen del colegio. Formidable que las haya muy dulces, otras contentas en su feminidad, que las haya jóvenes, muy guapas, otras coquetas y radiantes. Francamente, me alegro por todas a las que les convienen las cosas tal y como son. Lo digo sin la menor ironía. Simplemente, yo no formo parte de ellas. Seguramente yo no escribiría lo que escribo sí fuera guapa, tan guapa como para cambiar la actitud de todos los hombres con los que me cruzo. Yo hablo

1 Agradezco a Itziar Ziga y José Pons Bertran la lectura de esta traducción en castellano. *(N. de la t.)*

como proletaria de la feminidad: desde aquí hablé hasta ahora y desde aquí vuelvo a empezar hoy. Cuando estaba en el paro no sentía vergüenza alguna de ser una paria, sólo rabia. Siento lo mismo como mujer: no siento ninguna vergüenza de no ser una tía buena. Sin embargo, como chica por la que los hombres se interesan poco estoy rabiosa, mientras todos me explican que ni siquiera debería estar ahí. Pero siempre hemos existido. Aunque nunca se habla de nosotras en las novelas de hombres, que sólo imaginan mujeres con las que querrían acostarse. Siempre hemos existido, pero nunca hemos hablado. Incluso hoy que las mujeres publican muchas novelas, raramente encontramos personajes femeninos cuyo aspecto físico sea desagradable o mediocre, incapaces de amar a los hombres o de ser amadas. Por el contrario, a las heroínas de la literatura contemporánea les gustan los hombres, los encuentran fácilmente, se acuestan con ellos en dos capítulos, se corren en cuatro líneas y a todas les gusta el sexo. La figura de la pringada de la feminidad me resulta más que simpática: es esencial. Del mismo modo que la figura del perdedor social, económico o político. Prefiero los que no consiguen lo que quieren, por la buena y simple razón de que yo misma tampoco lo logro. Y porque, en general, el humor y la invención están de nuestro lado. Cuando no se tiene lo que hay que tener para chulearse, se es a menudo más creativo. Yo, como chica, soy más bien King Kong que Kate Moss. Yo soy ese tipo de mujer con la que no se casan, con la que no tienen hijos, hablo de mi lugar como mujer siempre excesiva, demasiado agresiva, demasiado ruidosa, demasiado gorda, demasiado brutal, demasiado hirsuta, demasiado viril, me dicen. Son, sin embargo, mis cualidades viriles las que hacen de mí algo distinto de un caso social entre otros. Todo lo que me gusta de mi vida, todo lo que me ha salvado, lo debo a mi virilidad. Así que escribo aquí como mujer incapaz de llamar la atención masculina, de satisfacer el deseo masculino y de contentarme con un lugar en la sombra. Escribo desde aquí, como mujer poco seductora pero ambiciosa, atraída

por el dinero que gano yo misma, atraída por el poder de hacer y de rechazar, atraída por la ciudad más que por el interior, siempre excitada por las experiencias e incapaz de contentarme con la narración que otros me harán de ellas. No me interesa ponérsela dura a hombres que no me hacen soñar. Nunca me ha parecido evidente que las chicas seductoras se lo pasen tan bien. Siempre me he sentido fea, pero tanto mejor porque esto me ha servido para librarme de una vida de mierda junto a tíos amables que nunca me habrían llevado más allá de la puerta de mi casa. Me alegro de lo que soy, de cómo soy, más deseante que deseable. Escribo desde aquí, desde las invendibles, las torcidas, las que llevan la cabeza rapada, las que no saben vestirse, las que tienen miedo de oler mal, las que tienen los dientes podridos, las que no saben cómo montárselo, ésas a las que los hombres no les hacen regalos, ésas que follarían con cualquiera que quisiera hacérselo con ellas, las más zorras, las putitas, las mujeres que siempre tienen el coño seco, la9 que tienen tripa, las que querrían ser hombres, las que se creen hombres, las que sueñan con ser actrices pomo, a las que les dan igual los hombres pero a las que sus amigas interesan, las que tienen el culo gordo, las que tienen vello duro y negro que no se depilan, las mujeres brutales, ruidosas, las que lo rompen todo cuando pasan, a las que no les gustan las perfumerías, las que llevan los labios demasiado rojos, las que están demasiado mal hechas como para poder vestirse como perritas calentonas pero que se mueren de ganas, las que quieren vestirse como hombres y llevar barba por la calle, las que quieren enseñarlo todo, las que son púdicas porque están acomplejadas, las que no saben decir que no, a las que se encierra para poder domesticarlas, las que dan miedo, las que dan pena, las que no dan ganas, las que tienen la piel flácida, la cara llena de arrugas, las que sueñan con hacerse un lifting, una liposucción, con cambiar de nariz pero que no tienen dinero para hacerlo, las que están desgastadas, las que no tienen a nadie que las proteja excepto ellas mismas, las que no saben proteger, esas a

las que sus hijos les dan igual, esas a las que les gusta beber en los bares hasta caerse al suelo, las que no saben guardar las apariencias; pero también escribo para los hombres que no tienen ganas de proteger, para los que querrían hacerlo pero no saben cómo, los que no saben pelearse, los que lloran con facilidad, los que no son ambiciosos, ni competitivos, los que no la tienen grande, ni son agresivos, los que tienen miedo, los que son tímidos, vulnerables, los que prefieren ocuparse de la casa que ir a trabajar, los que son delicados, calvos, demasiado pobres como para gustar, los que tienen ganas de que les den por el culo, los que no quieren que nadie cuente con ellos, los que tienen miedo por la noche cuando están solos.

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buena ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecemos, a parte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista.

«EN REALIDAD, SI LA MUJER NO TUVIERA EXISTENCIA SALVO EN LA FICCIÓN QUE HAN ESCRITO LOS HOMBRES, UNO SE LA IMAGINARÍA COMO UNA PERSONA DE LA MAYOR IMPORTANCIA, MUY HETEROGÉNEA, HEROICA Y MEZQUINA, ESPLÉNDIDA Y SÓRDIDA, INFINITAMENTE HERMOSA Y EXTREMADAMENTE HORRIBLE, TAN GRANDE COMO EL HOMBRE, MÁS GRANDE SEGÚN ALGUNOS. PERO ÉSA ES LA MUJER EN LA FICCIÓN- EN LA REALIDAD, COMO SEÑALA EL PROFESOR TREVELYAN, LA ENCERRABAN, LA GOLPEABAN Y LA ZAMARREABAN POR EL CUARTO.»

VIRGINIA WOOLF, UNA HABITACIÓN PROPIA, 1929.

¿TE DOY O ME DAS POR EL CULO?

Desde hace un tiempo, en Francia, no nos dejan de echar la bronca con respecto a los años 70. Que si hemos tomado el mal camino que qué hemos hecho con la revolución sexual, que si nos creemos hombres o qué y que, con nuestras tonterías, váyase a saber dónde ha ido a parar la buena y vieja virilidad, esa de papá y del abuelo, de esos hombres que sabían morir en la guerra y conducir un hogar con una sana autoridad. Y con la ley respaldándoles. Nos echan la bronca porque los hombres tienen miedo. Como si la culpa fuera nuestra. Resulta asombroso y, como poco, moderno, que sea un dominante el que venga a quejarse de que el dominado no pone bastante de su parte... El hombre blanco, ¿se dirige aquí realmente a las mujeres o intenta más bien expresar que está sorprendido del giro que están dando globalmente sus asuntos? En cualquier caso, no es posible que nos echen tanto la bronca, que nos llamen al orden y nos controlen de este modo. Por una parte, jugamos demasiado a ser la víctima, por otra, no follamos como es debido, o somos demasiado zorras o demasiado tiernas y enamoradas. Sea lo que sea, no hemos entendido nada. O somos demasiado porno o no somos demasiado sensuales... Definitivamente, esta revolución sexual fue como echar margaritas a las tontas. Hagamos lo que hagamos, siempre hay alguien que se esfuerza por decirnos que es

una mierda. Casi era mejor antes. ¿De verdad?

Nací en 1969. Fui a un colegio mixto. Supe desde los primeros cursos que la inteligencia escolar de los niños era la misma que la de las niñas. Llevé minifalda sin que nadie de mi familia se preocupara por mi reputación frente a los vecinos. Empecé a tomar la píldora a los catorce años sin más complicación. Follé desde que tuve la primera ocasión, me gustaba muchísimo en esa época y, veinte años después, el único comentario que se me ocurre al respecto es: «mejor para mí». Me fui de casa a los diecisiete años y tuve derecho a vivir sola sin que nadie pudiera decirme nada. Siempre he sabido que trabajaría, que no estaría obligada a soportar la compañía de un hombre para que me pagara el alquiler. Abrí una cuenta corriente a mi nombre sin ser consciente de que pertenecía a la primera generación de mujeres que podían hacerlo sin depender de su padre o de su marido. Empecé a masturbarme bastante tarde, pero ya conocía la expresión después de haber leído libros muy claros sobre la cuestión: no era un monstruo social porque me masturbaba, en todo caso, lo que yo hacía con mi coño era asunto mío. Me he acostado con cientos de tíos y nunca me he quedado embarazada y, de todos modos, sabía dónde abortar, sin necesidad de autorización, sin poner mi vida en peligro. He sido puta, me he paseado por la ciudad con tacones altos y escotes largos sin rendir cuentas a nadie, cobraba y me gastaba cada céntimo que ganaba. He hecho auto-stop, me violaron, y después volví a hacer auto-stop. Escribí un primer libro que firmé con mi nombre de mujer, sin imaginarme por un segundo que cuando fuera publicado vendrían a recitarme la cartilla de todas las fronteras que no debo cruzar. Las mujeres de mi edad son las primeras que pueden vivir una vida sin sexo, sin tener que entrar en un convento. El matrimonio forzado se ha vuelto insólito. El deber conyugal ha dejado de ser una evidencia. Durante años, estuve a millones de kilómetros del feminismo, no por falta de solidaridad o de conciencia,

sino porque, durante mucho tiempo, ser del sexo femenino no me impedía hacer gran cosa. Como tenía ganas de vivir una vida de hombre, he vivido una vida de hombre. Y es que la revolución feminista ha ocurrido. Basta de contarnos que antes estábamos más satisfechas. Los horizontes se han ampliado, nuevos territorios se han abierto radicalmente, hasta tal punto que hoy nos parece que siempre ha sido así.

Es cierto, hoy Francia dista mucho de ser la Arcadia para todos. Aquí no estamos ni contentas ni contentos. Y esto no tiene ninguna relación con el respeto de la tradición de los géneros. Podríamos quedarnos todas en delantal en la cocina y tener hijos cada vez que follamos, eso no cambiaría en nada la quiebra del sistema de trabajo, del liberalismo, del cristianismo y del equilibrio ecológico.

Las mujeres que me rodean ganan efectivamente menos que los hombres, ocupan puestos subalternos, encuentran normal que las menosprecien cuando emprenden algo. Existe un orgullo de sirvienta que avanza con trabas, como si fuera útil, agradable o sexy. Un goce de esclavo en la idea de servir de trampolín. Nos avergüenza nuestro poder. Siempre estamos vigiladas por los hombres que siguen metiéndose en nuestros asuntos para decirnos lo que nos conviene y lo que no, vigiladas sobre todo por las otras mujeres, por la familia, por las revistas femeninas, por el discurso dominante. Es necesario reducir nuestro poder, nunca bien visto en una mujer: «competente» quiere decir todavía «masculino».

Joan Riviére, psicoanalista de principios del siglo XX, escribe La feminidad como mascarada, en 1927. Estudia el caso de una mujer «intermedia», es decir, heterosexual pero viril, que sufre cada vez que se expresa en público, tiene un miedo tan horrible que pierde los papeles y que se traduce en una necesidad obsesiva y humillante de atraer la atención de los hombres.

«El análisis desveló que su coquetería y sus flirteos compulsivos... se explicaban de este modo: se trataba de un intento inconsciente de disminuir la ansiedad que le provocaba el miedo a las represalias que temía recibir por parte de las figuras paternas después de haber mostrado sus proezas intelectuales. La demostración en público de sus capacidades intelectuales, que en sí mismas representaban un éxito, adquiría el sentido de una exhibición que pretendía mostrar que ella poseía el pene del padre, después de haberlo castrado. Una vez hecha la demostración, sentía un miedo horrible de que el padre se vengara. Se trataba, evidentemente, de una conducta destinada a apaciguar la venganza intentando ofrecerse sexualmente a él.»

Este análisis ofrece una clave de lectura del éxito del modelo de la «calentona» en la cultura popular actual. Ya sea mientras-andamos por la ciudad o cuando vemos la MTV o un programa musical en la primera cadena o cuando hojeamos una revista del corazón nos asalta la explosión del estilo super-puta, por otra parte muy favorecedor, que adoptan muchas chicas. Es una manera de disculparse, de tranquilizar a los hombres: «mira qué buena estoy, a pesar de mi autonomía, de mi cultura, de mi inteligencia, en realidad, lo único que quiero es gustarte» parecen gritar las niñas en tanga. Tengo la posibilidad de vivir de otro modo, pero he decidido vivir alienada a través de las estrategias de seducción más eficaces.

Podemos extrañarnos, a primera vista, de que las chavalas adopten con tanto entusiasmo los atributos de la mujer-«objeto», que mutilen su cuerpo y lo exhiban espectacularmente, al mismo tiempo que esta joven generación valoriza la «mujer respetable», lejos de una sexualidad lúdica. La contradicción es tan sólo aparente. Las mujeres envían a los hombres un mensaje tranquilizador: «no tengáis miedo de nosotras». Vale la pena llevar ropa poco confortable, zapatos que dificulten la marcha, vale la pena rehacerse la nariz o

hincharse los senos, vale la pena morirse de hambre. Nunca antes una sociedad había exigido tantas pruebas de sumisión a las normas estéticas, tantas modificaciones corporales para feminizar un cuerpo. Al mismo tiempo, ninguna otra sociedad ha permitido de modo tan libre la circulación corporal e intelectual de las mujeres. La re-feminización de las mujeres parece una excusa que viene después de la pérdida de las prerrogativas masculinas, una manera de tranquilizarse, tranquilizándoles. «Liberémonos, pero no demasiado. Queremos jugar el juego, no queremos poderes vinculados al falo, no queremos asustar a nadie.» Las mujeres se aminoran espontáneamente, disimulan lo que acaban de conseguir, se sitúan en la posición de la seductora, incorporándose de este modo a su papel, de modo tan ostentoso que ellas mismas saben que —en el fondo— se trata simplemente de un simulacro. El acceso a los poderes tradicionalmente masculinos implica el miedo al castigo. Desde siempre, salir de la jaula se ha visto acompañado de sanciones brutales.

No es tanto el hecho de que hayamos asimilado la idea de nuestra propia inferioridad, no importa cuál haya sido la violencia de los instrumentos de control, la historia cotidiana nos ha mostrado que los hombres no eran por naturaleza ni superiores ni diferentes a las mujeres. Es más bien la idea de que nuestra independencia resulta nefasta la que está implantada en nosotras hasta el tuétano. Idea que los medios de comunicación retoman con insistencia: ¿cuántos artículos en los últimos veinte años se han escrito sobre las mujeres que dan miedo a los hombres, sobre las que se han quedado solas, las qué han sido castigadas por su ambición o su singularidad? Como si ser viuda, estar sola o abandonada en tiempos de guerra, o ser maltratada fuera una invención reciente. Siempre hemos tenido que arreglárnoslas sin la ayuda de nadie. Pretender que los hombres y las mujeres se llevaban mejor antes de los años setenta es una contraverdad histórica. Nos

frecuentábamos menos, eso es todo.

En el mismo orden de cosas, la maternidad se ha vuelto una experiencia femenina ineludible, valorada por encima de cualquier otra- dar la vida es fantástico. La propaganda «pro-maternidad» nunca ha sido tan martilleante. Menudo camelo, el método contemporáneo y sistemático de la doble obligación: «tened hijos, es fantástico, os sentiréis más mujeres y más realizadas que nunca», pero hacedlo en una sociedad decadente en la que el trabajo asalariado es una condición de la supervivencia social, aunque no está garantizado para nadie, y sobre todo para las mujeres. Traed hijos a ciudades donde la vivienda es precaria, donde el colegio dimite, donde se somete a los niños a las agresiones mentales más perversas, a través de la publicidad, la televisión, internet, las empresas de refrescos y todos sus colegas. Sin niños la alegría femenina no existe, pero criar a los niños en condiciones decentes es casi imposible. Es necesario, de todos modos, que las mujeres sientan que han fracasado. En cualquier cosa que emprendan, debemos poder demostrar que ellas lo han hecho mal. No hay actitud correcta, forzosamente hemos cometido un error en nuestra elección, se nos responsabiliza de un fracaso que es, en realidad, colectivo, social y no femenino. Las armas utilizadas contra nuestro género son específicas, pero el método también se aplica contra los hombres. Un buen consumidor es un consumidor inseguro.

Sorprendente y tristemente revelador: la revolución feminista de los años 70 no ha dado lugar a ninguna reorganización con respecto al cuidado de los niños. Tampoco del espacio doméstico. Ambos son trabajos benévolos, por tanto, femeninos. No hemos salido de la condición del artesanado. Tanto política como económicamente, no nos hemos preocupado del espacio público, no nos lo hemos apropiado. No hemos creado las guarderías necesarias ni los jardines de infancia, no hemos creado los sistemas industriales de

trabajo a domicilio que nos hubieran permitido emanciparnos. No hemos invertido en estos sectores económicamente rentables, ni para hacer fortuna, ni siquiera para que sirvieran a la comunidad. ¿Por qué nadie ha inventado el equivalente de Ikea para cuidar a los niños, el equivalente de Macintosh para hacer las tareas domésticas? La organización de la colectividad sigue siendo una prerrogativa masculina. Nos falta seguridad con respecto a nuestra legitimidad para irrumpir en lo político; no se puede pedir menos, visto el terror físico y moral al que se enfrenta nuestra categoría sexual. Como si otros se fueran a ocupar correctamente de nuestros problemas, y como si nuestras preocupaciones específicas no fueran tan importantes. Nos equivocamos. Si parece evidente que las mujeres se vuelven tan corruptas y asquerosas en contacto con el poder como los hombres, parece también innegable que ciertas consideraciones son específicamente femeninas. Abandonar el terreno político como lo hemos hecho nosotras marca nuestras propias resistencias a la emancipación. Es cierto que para luchar y tener éxito en política se requiere estar lista para sacrificar la feminidad, porque hay que estar dispuesta a combatir, triunfar, y demostrar el poder de una. Hay que olvidarse de ser dulce, agradable, servicial, hay que autorizarse a dominar al otro, públicamente. Pasar de su consentimiento, ejercer el poder frontalmente, sin remilgos ni excusas, porque son escasos los contrincantes que os felicitarán por haberles ganado.

La maternidad se ha vuelto el aspecto más glorificado de la condición femenina. Es también, en Occidente, el dominio en el que el poder de la mujer se ha intensificado más. Lo que era cierto en el caso de las niñas desde hace tiempo, el dominio total de la madre, lo es hoy también en el caso de los niños. La mamá sabe lo que es bueno para su hijo, nos lo repiten de todas las maneras posibles, en ella reside intrínsecamente ese asombroso poder. Réplica doméstica de lo que se organiza colectivamente: el Estado siempre

vigilante sabe mejor que nosotros lo que debemos comer, beber, fumar, ingerir, lo que podemos ver, leer, comprender, cómo debemos desplazarnos, gastar nuestro dinero, distraernos. Cuando el gobierno reclama la presencia de la policía en el colegio o pide la presencia del ejército en los barrios periféricos, no introducen una figura viril de la ley en el dominio de la infancia, se trata más bien de la prolongación del poder absoluto de la madre. Sólo ella sabe castigar, encuadrar y mantener a los niños en estado de crianza prolongada. Un Estado que se proyecta como madre todopoderosa es un Estado fascista. El ciudadano de la dictadura vuelve a la condición de bebé: con los pañales bien limpios, bien alimentado y mantenido en su cuna por una fuerza omnipresente que todo lo sabe, que tiene todos los derechos sobre él, y todo ello por su propio bien. Se libera al individuo de su autonomía, de su facultad de engañar, de ponerse en peligro. Nuestra sociedad tiende hacia ahí, posiblemente porque ya hemos dejado atrás nuestro tiempo de gloría, regresamos hacia estados de organización colectiva que infantilizan al individuo. Según la tradición, los valores viriles son los valores de la experimentación, del riesgo, de la ruptura con el hogar. Los hombres se equivocan si se sienten alegres o protegidos al ver que desde todos los ámbitos se menosprecia, se entorpece y se designa como funesta la virilidad de las mujeres. Lo que se cuestiona es tanto nuestra autonomía como la suya. En una sociedad de vigilancia liberal, el hombre es un simple consumidor como cualquier otro, y no es deseable que tenga más poder que una mujer.

El cuerpo colectivo funciona como un cuerpo individual: si el sistema es neurótico engendra inmediatamente estructuras autodestructoras. Cuando el inconsciente colectivo, a través de los instrumentos de poder de los medios de comunicación o de la industria cultural, sobrevalora la maternidad, no lo hace ni por amor de la feminidad ni por bondad global. La madre investida de todas

las virtudes es el cuerpo colectivo que se prepara para la regresión fascista. El poder que otorga un Estado enfermo es forzosamente un poder sospechoso.

Hoy escuchamos a hombres que se lamentan de que la emancipación femenina les desviriliza. Echan de menos un estado anterior, en el que su fuerza estaba enraizada en la opresión femenina. Olvidan que esta ventaja política que se les había concedido tenía un coste: el cuerpo de las mujeres pertenecía a los hombres; en contrapartida, el cuerpo de los hombres pertenecía a la producción, en tiempos de paz, y al Estado, en tiempos de guerra. La confiscación del cuerpo de las mujeres se produce al mismo tiempo que la confiscación del cuerpo de los hombres. Los únicos que salen ganando en este negocio son los dirigentes.

El soldado más famoso de la guerra de Iraq es una mujer. Hoy en día, los Estados envían sus pobres al frente. Los conflictos armados se han vuelto territorios mixtos. Cada vez más, la polaridad en la realidad se estructura en función de la clase social.

Los hombres denuncian con virulencia las injusticias sociales o raciales, pero se muestran indulgentes y comprensivos cuando se trata de la dominación machista. Son muchos los que pretenden explicar que el combate feminista es secundario, como si fuera un de” porte de ricos, sin pertinencia ni urgencia. Hace falta ser idiota, o asquerosamente deshonesto, para pensar que una forma de opresión es insoportable y juzgar que la otra está llena de poesía.

Del mismo modo, las mujeres ganaríamos pensando mejor en las ventajas del acceso de los hombres a una paternidad activa, más que aprovecharse del poder que les confiere políticamente la exaltación del instinto maternal. La mirada del padre sobre el niño constituye una revolución en potencia. Los padres pueden hacer

saber a sus hijas que ellas tienen una existencia propia, fuera del mercado de la seducción, que poseen fuerza física, espíritu emprendedor e independiente, y pueden valorarlas por esta fuerza sin miedo a un castigo inmanente. Pueden hacer saber a sus hijos que la tradición machista es una trampa, una restricción severa de las emociones al servicio del ejército y del Estado. Porque la virilidad tradicional es una maquinaria tan mutiladora como lo es la asignación a la feminidad. ¿Qué es lo que exige ser un hombre, un hombre de verdad? Reprimir sus emociones. Acá-llar su sensibilidad. Avergonzarse de su delicadeza, de su vulnerabilidad. Abandonar la infancia brutal y definitivamente: los hombres-niños no están de moda. Estar angustiado por el tamaño de la polla. Saber hacer gozar sexualmente a una mujer sin que ella sepa o quiera indicarle cómo. No mostrar la debilidad. Amordazar la sensualidad. Vestirse con colores discretos, llevar siempre los mismos zapatos de patán, no jugar con el pelo, no llevar muchas joyas y nada de maquillaje. Tener que dar el primer paso, siempre. No tener ninguna cultura sexual para mejorar sus orgasmos. No saber pedir ayuda. Tener que ser valiente, incluso si no se tienen ganas. Valorar la fuerza sea cual sea su carácter. Mostrar la agresividad. Tener un acceso restringido a la paternidad. Tener éxito socialmente para poder pagarse las mejores mujeres. Tener miedo de su homosexualidad porque un hombre, uno de verdad, no debe ser penetrado. No jugar a las muñecas cuando se es pequeño, contentarse con los coches y las pistolas de plástico aunque sean feas. No cuidar demasiado su cuerpo. Someterse a la brutalidad de los otros hombres sin quejarse. Saber defenderse incluso si se es tierno. Privarse de su feminidad, del mismo modo que las mujeres se privan de su virilidad, no en función de las necesidades de una situación o de un carácter, sino en función de lo que exige el cuerpo colectivo. De tal modo que las mujeres ofrecen siempre los niños a la guerra y los hombres acepten ir a dejarse matar para salvaguardar los intereses de tres o cuatro cretinos de miras cortas.

Si no avanzamos hacia ese lugar desconocido que es la revolución de los géneros, sabemos exactamente hacia donde regresamos. Un Estado omnipotente que nos infantiliza, que interviene en todas nuestras decisiones, por nuestro propio bien, que —con la excusa de protegernos mejor— nos mantiene en la infancia, en la ignorancia y en el miedo al castigo y la exclusión. El tratamiento de favor que hasta ahora estaba reservado a las mujeres, con la vergüenza como punta de lanza que las mantenía en el aislamiento, la pasividad, la inmovilidad, podría ahora extenderse a todos. Comprender los mecanismos que nos han hecho inferiores y los modos a través de los cuales nos hemos convertido en nuestras mejores vigilantes, es comprender los mecanismos de control de toda la población. El capitalismo es una religión igualitarista, puesto que nos somete a todos y nos lleva a todos a sentirnos atrapados, como lo están todas las mujeres.

"EN ESTADOS UNIDOS Y EN OTROS PAÍSES CAPITALISTAS, LAS LEYES CONTRA LA VIOLACIÓN FUERON ORIGINALMENTE FORMULADAS PARA PROTEGER A LOS HOMBRES DE LAS CLASES ALTAS FRENTE A LAS AGRESIONES QUE PODÍAN SUFRIR SUS HIJAS Y ESPOSAS: HABITUALMENTE, LOS TRIBUNALES HAN PRESTADO POCA ATENCIÓN A LO QUE PUDIERA OCURRIRLE A LAS MUJERES DE CLASE TRABAJADORA, Y POR CONSIGUIENTE, EL NÚMERO DE HOMBRES BLANCOS PROCESADOS POR VIOLENCIA SEXUAL INFLIGIDA A ESTAS MUJERES ES EXTRAORDINARIAMENTE REDUCIDO"

ANGELA DAVIS, MUJERES, CLASE Y RAZA, 1981.

IMPOSIBLE VIOLAR A UNA MUJER TAN VICIOSA[2]

Julio de 1986, tengo 17 años. Somos dos chicas en minifalda, yo llevo unos leotardos a rayas y unas zapatillas Converse rojas. Regresamos de Londres donde nos hemos gastado en discos, tintes y diversos accesorios con clavos y tachuelas toda la pasta que teníamos ahorrada, así que no tenemos ni un duro para el viaje de vuelta. Nos las arreglamos para llegar hasta Dover haciendo auto-stop, nos lleva todo el día, después pedimos dinero al lado de la taquilla para pagar el ferry; cuando llegamos a Calais ya es de noche. Durante la travesía hemos buscado a alguien que nos pueda llevar en coche. Dos italianos bastante guapos y fumadores de porros nos llevan hasta la entrada de París. Nos dejan en plena noche en una gasolinera en algún lugar de la autopista que rodea París. Decidimos esperar a que se haga de día y los conductores se levanten para encontrar un camión que nos lleve directamente hasta Nancy. Vagabundeamos en el parking, en la tienda; apenas hace frío.

2 Título de una canción del grupo punk francés Trust del álbum Antisocial. *(N. de la t.)*

Un coche con tres chavales blancos, típicos barriobajeros de las afueras en esa época, cervezas, porros, hablan de Renaud, el cantante. Como son tres, al principio, no queremos montarnos con ellos. Pero se toman la molestia de hacerse los simpáticos, de bromear y de discutir. Nos convencen de que es estúpido esperar al oeste de París, cuando ellos podrían dejarnos al este, desde donde sería más fácil encontrar a alguien que nos lleve. Y acabamos montándonos en el coche. De las dos, yo soy la que ha corrido más mundo, la más bocazas, la que decide irnos con ellos. Nada más cerrar las puertas, ya sabemos que hemos hecho una tontería. Pero en lugar de gritar "nos bajamos" durante los pocos metros que hubiera sido posible, cada una se dice en su esquina que hay que dejar de ser paranoica y de ver violadores por todas partes. Llevamos una hora hablando con ellos, tienen pinta de simples tarados, graciosos, realmente nada agresivos. Esta proximidad quedará entre las cosas imborrables: cuerpos de hombres en un lugar confinado en el que estamos encerradas, con ellos, pero sin ser como ellos. Nunca iguales, nuestros cuerpos de mujer. Nunca seguras, nunca como ellos. Somos el sexo del miedo, de la humillación, el sexo extranjero. Su virilidad, su famosa solidaridad masculina, se construye a través de esta exclusión de nuestros cuerpos, se teje en esos momentos. Es un pacto que reposa sobre nuestra inferioridad. Sus risas de tíos, entre ellos, la risa de los más fuertes, de los más numerosos.

Mientras ocurre ellos hacen como si no supieran exactamente que está pasando. Como llevamos minifalda, como tenemos una el pelo verde y la otra naranja, sin duda, "follamos como perras", así que la violación que se está cometiendo no es tal cosa. Como la mayoría de las violaciones, imagino. Imagino que, después, ninguno de esos tres tipos se identifica como violador. Puesto que lo que han hecho es otra cosa. Tres con un fusil contra dos chicas a las que han pegado hasta hacerles sangrar: no es una violación. La

prueba: si verdaderamente hubiésemos querido que no nos violaran, habríamos preferido morir o hubiéramos conseguido matarlos. Desde el punto de vista de los agresores, se las arreglan para creer que si ellas sobreviven es que la cosa no les disgustaba tanto. Es la única explicación que he encontrado a esta paradoja: a partir de la publicación de Fóllame me encuentro con mujeres que vienen a contarme "me violaron, cuando tenía tantos años, en tales circunstancias". Esta situación se repetía tan a menudo que resultaba molesta, y en un primer momento, me preguntaban si mentían. En nuestra cultura, desde la Biblia y la historia de José en Egipto, la palabra de la mujer que acusa al hombre de haberla violado es una palabra que ponemos inmediatamente en duda. He aquí un hecho aglutinador, que conecta todas las clases sociales, todas las generaciones, todos los cuerpos y todos los caracteres. Pero ¿cómo explicar que nunca oigamos al adversario: "fulanito ha violado a fulanita, en tales circunstancias"? Porque los hombres siguen haciendo lo que las mujeres han aprendido a hacer durante siglos: llamarlo de otro modo, adornarlo, darle la vuelta, sobre todo no llamarlo nunca por su nombre, no utilizar nunca la palabra para describir lo que han hecho. Se "han pasado un poco", ella estaba "un poco borracha" o bien era una ninfómana que hacía como si no quisiera: pero si ha ocurrido es que, en realidad, la chica consentía. Que haga falta pegarla, amenazarla, agarrarla entre varios para obligarla y que llore antes, después y durante, eso no cambia nada; en la mayoría de los casos, el violador se las arregla con su conciencia: no ha sido una violación, era una puta que no se asume y a la que él ha sabido convencer. A menos que ese no sea un peso demasiado difícil de soportar, también del lado de ellos. Pero no sabemos nada, ellos no dicen nada.

Sólo se identifica en prisión a los psicópatas graves, los violadores en serie que recortan coños con cascos de botella, o a los pedófilos que atacan a las niñas. Porque los hombres, claro está, condenan

la violación. Lo que ellos practican, eso es otra cosa.

A menudo se dice que el porno aumenta el número de violaciones. Hipócrita y absurdo. Como si la agresión sexual fuera una invención reciente, que tuvo que ser introducida en las mentes a través de las películas. Sin embargo, que los machos franceses no hayan ido a la guerra después de los años sesenta en Argelia aumenta seguramente el número de violaciones "civiles". La vida militar hasta ahora era una ocasión habitual de practicar violaciones colectivas "por la buena causa". Se trata en principio de una estrategia de guerra, que participa de la virilización del grupo que la lleva a cabo y debilita, al mismo tiempo, al grupo adversario. Esto es así desde que las guerras existen. Dejen de hacernos creer que la violación sexual contra las mujeres es un fenómeno reciente, o propio de un grupo específico.

Los primeros años, procurábamos no hablar de ello. Tres años más tarde, en las cuestas de la Cruz Roja de Lyon, violan a una chica a la que yo quería mucho: un tipo la sigue desde la calle y la viola en su casa, sobre la mesa de la cocina. El día que me enteré estoy trabajando en una pequeña tienda de discos, Ataque Sonoro, en el casco viejo de Lyon. Hace un día estupendo, luce el sol, la luz inunda los muros de las calles estrechas de la vieja ciudad, las piedras talladas y pulidas, los bancos amarillos y anaranjados. El muelle de Saône, el puente, las fachadas de las casas. Siempre me ha impresionado la belleza de la ciudad, y ese día especialmente. La violación, como si estuviera ya contenida de algún modo en la ciudad, no perturba esa tranquilidad. Cierro la tienda y voy a dar una vuelta. Me indigno más ese día que cuando nos ocurrió a nosotras. A través de su historia comprendo que la violación es algo que se pilla y de lo que después no te puedes deshacer. Contaminada. Hasta el momento, yo creía que lo había asumido bien, que tenía la piel gruesa y cosas mejores que hacer en lugar de dejar que tres paletos me

traumatizaran. Pero al darme cuenta de hasta que punto yo veía la violación de mi amiga como un acontecimiento a partir del cual nada sería nunca como antes, acabé aceptando, de rebote, lo que nosotras mismas sentíamos. La herida de una guerra que se libra en silencio y en la oscuridad.

Cuando violaron a mi amiga, yo tenía veinte años. Entonces no me interesaba que me hablaran de feminismo. Poco punk y demasiada buena voluntad. Después de su agresión, cambié de idea, y participé en un fin de semana de formación de «Stop Violación», una linea telefónica de ayuda, para hablar después de una agresión o para encontrar información jurídica. El seminario apenas había empezado y yo ya estaba refunfuñando en mi silla- ¿por qué aconsejar a alguien que pusiera un denuncia? Al ir a la policía, salvo para recibir el dinero de un seguro, no le veía ningún interés. Declarase víctima de una violación, en una comisaría, pensaba yo de forma instintiva, era una forma de ponerse de nuevo en peligro. La ley de los maderos es la ley de los hombres. Después una participante nos explica: "la mayoría de las veces, una mujer que habla de su violación empezará llamándolo de otro modo". En mi interior, como siempre, sigo renegando. Eso me parecía altamente improbable: ¿por qué no diría esa palabra *y,* además que sabe ésa que habla? ¿Acaso se cree que nos parecemos todas? De repente, pongo freno a mi rollo: ¿Que es lo que yo he dicho hasta ese momento? Las pocas veces -a menudo súper pedo- que he querido hablar del tema, ¿acaso he dicho la palabra? Nunca. Las pocas veces que he intentado contarlo, he esquivado la palabra "violación": "una agresión", "un lío», «un agarrón», «una mierda», whatever... Mientras no lleva su nombre, la agresión pierde su especificidad, puede confundirse con otras agresiones, como que te roben, que te pille la policía, que te arresten o que te peguen una paliza. Esta estrategia de miopía resulta útil. Porque, desde el momento en que se llama a una violación violación, todo el dispositivo de vigilancia

de las mujeres se pone en marcha: ¿qué es lo que quieres?, ¿que sé sepa lo que te ha sucedido? ¿qué es lo que quieres?, ¿que todo el mundo te vea como a una mujer a la que eso le ha sucedido? Y de todos modos, ¿como es posible que hayas sobrevivido sin ser realmente una puta rematada? Una mujer que respeta su dignidad hubiera preferido que la mataran. Mi supervivencia, en sí misma, es una prueba que habla contra mí. El hecho de tener más miedo a la posibilidad de que me maten que a quedar traumatizada por los golpes de pelvis de tres cabrones, parecía algo monstruoso: yo nunca había oído hablar del tema, en ninguna parte. Gracias a mi condición de punky practicante, podía vivir sin mi pureza de mujer decente. Porque es necesario quedar traumatizada después de una violación, hay una serie de marcas visibles que deben ser respetadas: tener miedo a los hombres, a la noche, a la autonomía, que no te gusten ni el sexo ni las bromas. Te lo repiten de todas las maneras posibles: es grave, es un crimen, los hombres que te aman, si se enteran, se van a volver locos de dolor y de rabia (la violación es también un dialogo privado a través del cual un hombre declara a los otros hombres: yo me follo a vuestras mujeres a lo bestia) Así que el consejo más razonable, por diferentes razones, sigue siendo: "guarda eso en tu fuero interior" Asfixiada entre dos órdenes Púdrete, puta, como quien dice.

Los primeros años después de la violación, una triste sorpresa: los libros no podían ayudarme. Eso no me había ocurrido nunca. Cuando, por ejemplo, en 1984 me internaron en un hospital psiquiátrico durante unos meses, mi primera reacción, al salir, fue leer. El pabellón de los niños locos, Alguien voló sobre el nido del cuco. Cuando tenía cinco años me maté y los ensayos sobre psiquiatría, internamiento, vigilancia y adolescencia. Los libros estaban ahí, me acompañaban, hacían que aquello fuera posible, enunciable, que yo pudiera compartirlo. La prisión, la enfermedad, los malos tratos, las drogas, el abandono, la deportación, todos

los traumas tienen su literatura. Pero ninguna mujer después de haber pasado por una violación había podido utilizar el lenguaje para hacer de esa experiencia el tema de una novela. Nada, ni guía, ni compañía. Eso no pasaba al dominio de lo simbólico. Es asombroso que las mujeres no digamos nada a las niñas, que no haya ninguna transmisión de saber, ni consignas de supervivencia, ni de consejos prácticos y simples. Nada.

Finalmente, en 1990, voy a París a un concierto de Limbombaniacs, en el tren leo Spin, una revista americana. Una tal Camille Paglia escribe un artículo que me interpela y me hace reír, en el que describe el efecto que le causa ver a los jugadores de fútbol sobre el terreno, fascinantes bestias de sexo llenas de agresividad. Empieza su articulo hablando de como le gusta toda esa rabia guerrillera, ese alarde de sudor y de piernas musculosas en acción. Y eso la lleva, como de oca en oca, a hablar de violación. He olvidado los términos exactos. Pero algo así, en esencia: "Es un riesgo inevitable, es un riesgo que las mujeres deben tener en cuenta y deben correr si quieren salir de sus casas y circular libremente. Si te sucede, levántate, dust yourself, desempólvate y pasa a otra cosa. Y si eso te da demasiado miedo, entonces quédate en casa de mamá ocúpate de hacerte la manicura" Eso me da rabia en su momento. Pero unos minutos después, se instala en mi una paz interior: me impacta. París, estación de Lyon, se ha hecho de noche, llamo a Carolina, la misma amiga de siempre, antes de tirar hacia el norte en busca de a sala de conciertos de la calle ítalo-americana, tiene que leerla y decirme lo que piensa. El artículo impacta a Carolina como me impactó a mi.

A partir de ese momento ya nunca ha habido nada prohibido, cerrado como antes. Pensar por primera vez la violación de una manera nueva. El tema había sido tabú hasta entonces, tan minado que no nos permitían decir otra cosa que "qué horror" y "pobres

chicas".

Por primera vez, alguien valoraba la capacidad de recuperarse de una violación, más que de largar un florilegio de traumas de forma condescendiente. Desvalorización de la violación, de su alcance, de su resonancia. Eso no anulaba nada de lo que había pasado ni borraba nada de lo que habíamos aprendido aquella noche.

Camille Paglia es, sin duda, la más controvertida de todas las feministas americanas. Propone pensar la violación como un riesgo inevitable, inherente a nuestra condición femenina. Una libertad increíble de des-dramatización. Si, habíamos salido afuera, a un espacio que no era el nuestro. Si, habíamos sobrevivido en lugar de haber muerto. Si, estábamos en minifalda solas sin un tío que nos acompañara, de noche, sí, habíamos sido idiotas, y débiles como las niñas aprenden a serlo cuando las agreden. Si, eso nos había ocurrido a nosotras, pero por primera vez comprendíamos lo que habíamos hecho: habíamos salido de casa, porque en casa de mamá y papá no pasaba nada interesante. Habíamos corrido el riesgo, habíamos pagado el precio, y más que sentir vergüenza por estar vivas podíamos decidir levantarnos y recuperarnos lo mejor posible. Paglia nos permitía imaginarnos como guerrilleras, no tanto responsables personalmente de algo que nos habíamos buscado, sino víctimas ordinarias de algo que podíamos esperar cuando se es mujer y se quiere correr el riesgo de salir al exterior. Ella era la primera que había sacado la violación del horror absoluto, de lo no dicho, de lo que no debe ocurrir nunca. Ella hacía de la violación una circunstancia política, algo que debíamos aprender a encajar. Paglia cambiaba todo: ya no se trataba de negar, ni de morir, se trataba de vivir con.

Verano de 2005, Filadelfia, estoy frente a Camille Paglia, realizando una entrevista para un documental. Asiento con la cabeza

entusiasmada escuchándola: “En los años sesenta, en los campus universitarios, se encerraba a las chicas en los dormitorios a las seis de la tarde, mientras que los chicos podían hacer lo que quieran. Nosotras preguntábamos “¿por qué esta diferencia de trato?. Nos explicaron: “porque el mundo es peligroso, corréis el riesgo de ser violadas”. Respondíamos: “entonces dadnos el derecho de correr el riesgo de ser violadas”.”

He aquí algunas de las reacciones que la narración de mi historia ha suscitado: “¿Y tu has hecho dedo después?” Porque yo contaba que no se lo había dicho a mis padres, por miedo a que me encerraran en una caja fuerte por mi bien. Porque evidentemente había vuelto a hacer dedo. Menos contenta, menos efusiva, pero lo he vuelto a hacer. Hasta que otros punkys me dieron la idea de viajar en tren a golpe de multa no conocía otra manera de ir a un concierto en Toulouse el jueves y el otro sábado en Lille. Y en esa época, ir a un concierto era más importante que cualquier otra cosa. Justificaba cualquier riesgo. Nada podía ser peor que quedarme en mi habitación. Lejos de la vida, cuando ocurrían tantas cosas afuera. Así que seguí yendo a ciudades en las que no conocía a nadie, seguí esperando que las estaciones de tren cerrasen para poder pasar la noche dentro, seguí durmiendo en las entradas de los edificios esperando un tren para el día siguiente. Haciendo como si yo no fuera una chica. Y si nunca me han violado después, he corrido no obstante ese riesgo cientos de veces, simplemente por rodar la calle. Lo que viví en esa época, a esa edad, fue irreemplazable, mucho más intenso que encerrarme en el colegio y aprender la docilidad, o quedarme en casa a hojear revistas. Esos fueron los mejores años de mi vida, los más ricos y bulliciosos, y todas las mierdas que vinieron con ellos, yo encontré la manera de vivirlas. Pero evité escrupulosamente contar mi historia porque no sabía cuál sería el juicio de antemano: “ah, así que has seguido haciendo dedo; si eso no ha bastado, es que te debió gustar.” Porque en la violación

siempre es necesario probar que estábamos realmente de acuerdo. La culpabilidad está sometida a una atracción moral no enunciada, que hace que todo recaiga siempre del lado de aquella a la que se la meten más que del que la mete.

Cuando se retiró de los cines la película Fóllame, muchas mujeres -los hombres no se han atrevido a decir nada al respecto- afirmaron públicamente: "Qué horror, sobre todo no hay que creer que la violencia es una solución contra la violación." ¿Ah, no? Nunca oímos en el telediarlo hablar de chicas, solas o en banda, que arrancan la polla del violador con los dientes durante la agresión, que les buscan después para vengarse, o que les dan una hostia. Esos ejemplos existen únicamente en las películas hechas por hombres: La última casa de la izquierda de Wes Carven, El ángel de la venganza de Abel Ferrara, Escupo sobre tu tumba de Meir Zarchi, por ejemplo. Las tres películas empiezan por una violación más o menos repugnante (más bien más que menos, por otra parte). Después en la segunda parte, detallan las venganzas ultra-sangrientas que las mujeres infligen a sus agresores. Cuando los hombres ponen en escena personajes femeninos, rara vez suele ser para intentar comprender sus vivencias o lo que ellas sienten como mujeres. Es más bien para poner en escena su sensibilidad de hombres en un cuerpo de mujer. Volveré sobre esta cuestión al hablar de porno, que sigue la misma lógica. En esas tres películas, vemos como los hombres reaccionarían frente a la violación si estuvieran en lugar de las mujeres. Un baño de sangre, una violencia despiadada. El mensaje que nos dirigen está claro: ¿por qué vosotras no os defendéis más violentamente? Lo que resulta sorprendente, efectivamente, es que no reaccionemos de ese modo. Una empresa política ancestral, implacable, enseña a las mujeres a no defenderse. Como siempre, doble obligación: hacernos saber que no hay nada tan grave, y al mismo tiempo, que no debemos defendernos, ni vengarnos. Sufrir y no poder hacer nada más. Una espada de Damocles

entre las piernas.

Pero las mujeres sienten aun la necesidad de afirmar: la violencia no es una solución. Por tanto, el día que los hombres tengan miedo de que lea laceren la polla a golpe de cúter cuando acosen a una chica, seguro que de repente sabrán controlar mejor sus pasiones “masculinas” y comprender lo que quiere decir “no”. Yo habría preferido, aquella noche, ser capaz de dejar atrás lo que habían enseñado a mi sexo y degollarlos a todos, uno por uno. En lugar de vivir como una persona que no se atreve a defenderse, porque es una mujer y la violencia no es su territorio, como si la integridad física de un hombre fuera más importante que la de una mujer.

Durante la violación, llevaba en el bolsillo de mi cazadora Teddy roja una navaja, mango negro brillante, mecánica impecable, cuchilla fina pero larga, afilada, perfecta, radiante. Una navaja que yo sacaba con bastante facilidad en esa época globalmente confusa. Me había acostumbrado a ella; a mi manera, había aprendido a usarla. Esa noche, la navaja se quedó escondida en mi bolsillo y la única idea que me vino ala cabeza fue sobre todo que no la encuentren, que no decidan jugar con ella. Ni siquiera pensé en utilizarla. Desde el momento que comprendí lo que nos estaba ocurriendo, me convencí de que ellos eran los más fuertes. Una cuestión mental. Luego me he dado cuenta de que mi reacción habría sido diferente si hubieran intentado robarnos las cazadoras. Yo no era temeraria pero si bastante inconsciente. En ese momento preciso me sentí mujer, suciamente mujer, como nunca me había sentido antes y como nunca he vuelto a sentirme después. No podía hacer daño a un hombre para salvar mi pellejo. Creo que habría reaccionado de la misma manera si hubiera habido un único chico contra mí misma. Era el proyecto mismo de la violación lo que hacía de mí una mujer, alguien esencialmente vulnerable. Se domestica a las niñas para que nunca hagan daño a los hombres, y las mujeres

las llaman al orden cada vez que saltan esa regla. A nadie le gusta saber hasta que punto es un cobarde. Nadie quiere sentirlo en su propia piel. No estoy furiosa contra mí por no haberme atrevido a matar a uno de ellos. Estoy furiosa contra una sociedad que me ha educado sin enseñarme nunca a golpear a un hombre si me abre las piernas a la fuerza, mientras que esa misma sociedad me ha inculcado la idea de que la violación es un crimen horrible del que no debería reponerme. Sobre todo, me da rabia que frente a tres hombres, una escopeta y atrapadas en un bosque del que no podíamos escapar corriendo, hoy todavía me sienta culpable de no haber tenido el coraje de defendernos con una pequeña navaja.

Al final, uno de ellos encontró la navaja y se la enseñó a los otros, sinceramente sorprendido de que yo no la hubiera sacado: “Osea que les gustaba”. Los hombres, francamente, ignoran hasta qué punto el dispositivo de emasculación de las chicas es imparable, hasta qué punto todo está escrupulosamente organizado para garantizar que ellos triunfen sin arriesgar demasiado cuando atacan a las mujeres. Creen inocentemente que su superioridad se debe a su gran fuerza. No les molesta pelarse con una escopeta contra una navaja. Piensan, alegres imbéciles, que ese combate es igualitario. Ese es el secreto de su tranquilidad de espíritu.

Resulta sorprendente que en 2006, mientras que todo el mundo se pasea con minúsculos ordenadores portátiles, con cámaras de fotos, agendas y aparatos de música en el bolsillo, no exista todavía un solo objeto que podamos meternos en el coño cuando salimos a dar una vuelta y cortaría en pedazos la polla del primer idiota que quisiera entrar sin permiso. Quizás no sea deseable hacer que el sexo femenino sea inaccesible por la fuerza. Es necesario que siga abierto, y temeroso: una mujer. Si no ¿qué definiría la masculinidad?

Post-violación, la única actitud que se tolera es volver a la violencia contra una misma. Engordar veinte kilos, por ejemplo. Salir del mercado sexual, porque has sido dañada, sustraerte voluntariamente al deseo. En Francia no se mata a las mujeres violadas, pero se espera que sean ellas mismas las que tengan la decencia de señalarse como mercancía deteriorada, contaminada. Putas o feas, que salgan espontáneamente del vivero de las casaderas.

Porque la violación fabrica las mejores putas. Una vez abiertas por la fuerza, guardan a veces a flor de piel algo marchito que excita a los hombres, un toque desesperado y seductor. La violación es a menudo iniciática, esculpe en la carne para fabricar la mujer abierta, que no se vuelve a cerrar nunca completamente. Estoy segura de que hay como un olor, algo que los machos detectan y que les excita especialmente.

Nos obstinamos en hacer como si la violación fuera algo extraordinario y periférico, fuera de la sexualidad, evitable. Como si concerniera tan sólo a unos pocos, agresores y víctimas, como si construyeran una situación excepcional, que no dice nada del resto. Cuando, por el contrario, está en el centro, en el corazón, en la base de nuestra sexualidad. Rito de sacrificio central, está omnipresente en el arte, desde la antigüedad su representación en los textos, la escultura, la pintura es una constante a través de los siglos. En los jardines de París y en los museos, vemos representaciones de hombres forzando a mujeres. En Las metamorfosis de Ovidio parecen que los dioses pasan el tiempo queriendo tirarse a mujeres que no están de acuerdo, consiguiendo lo que quieren por la fuerza. Fácil, para los que son dioses. Y cuando se quedan embarazadas, encima las mujeres de los dioses se vengan de ellas. La condición femenina, su alfabeto. Siempre culpables de lo que nos hacen. Criaturas a las que se responsabiliza del deseo que ellas suscitan. La violación es un programa político preciso: esqueleto del

capitalismo, es la representación cruda y directa del ejercicio del poder. Designa un dominante y organiza las leyes del juego para permitirle ejercer el poder sin restricción alguna. Robar, arrancar, engañar, imponer, que su voluntad se ejerza sin obstáculos y que goce de su brutalidad, sin que su contrincante pueda manifestar resistencia. Correrse de placer al anular al otro, al exterminar su palabra, su voluntad, su integridad. La violación es la guerra civil, la organización política a través de la cual un sexo declara al otro: yo tomo todos los derechos sobre ti, te fuerzo a sentirte inferior, culpable y degradada.

La violación es lo propio del hombre; ni la guerra, ni la caza, ni el deseo crudo, ni la violencia o la barbarie, la violación es lo único que las mujeres -hasta ahora- no se han reapropiado. La mística masculina debe construirse como si fuera peligrosa, criminal e incontrolable por naturaleza. Por ello, debe ser rigurosamente vigilada por la ley, gobernada por el grupo. Detrás del velo de control de la sexualidad femenina aparece el objetivo central de lo político: formar el carácter viril como asocial, pulsional, brutal. La violación sirve como medio para afirmar esta constatación: el deseo del hombre es más fuerte que él, no puede dominarlo. Oímos todavía decir "gracias a las putas, hay menos violaciones" como si los varones no pudieran contenerse y tuvieran que descargar en alguna parte. Creencia política construida y no evidencia natural -pulsional- como nos quieren hacer creer. Si la testosterona hiciera animales pulsionales indomables, entonces matarían tan fácilmente como violan. Y este no es el caso. Los discursos sobre la cuestión de la masculinidad están esmaltados con residuos de oscurantismo. La violación, el acto condenado del que no se debe hablar, sintetiza un conjunto de creencias fundamentales sobre la virilidad.

La fantasía de la violación existe. La fantasía sexual. Si quiero

hablar de “mi” violación, entonces tengo que pasar por esto. Es una fantasía que tengo desde que era una niña. Diría que es un vestigio de la escasa educación religiosa que he recibido, indirectamente a través de los libros, la tele, los otros niños del colegio, los vecinos. Las santas, atadas, quemadas vivas, los mártires son las primeras imágenes que me provocaron una emoción erótica. La idea de ser entregada, forzada, obligada era una fascinación mórbida y excitante para la niña que yo era entonces. Después, esas fantasías me acompañan. Estoy segura de que son muchas las mujeres que prefieren masturbarse fingiendo que eso no les interesa, antes de saber lo que les excita. No todas somos iguales, pero no soy la única. Esas fantasías de violación, de ser tomada por la fuerza, en condiciones más o menos brutales, que yo declino a lo largo de mi vida masturbatoria, no me vienen out of the blue. Se trata de un dispositivo cultural omnipresente y preciso, que predestina la sexualidad de las mujeres a gozar de su propia impotencia, es decir, de la superioridad del otro, más bien a gozar contra su propia voluntad que como zorras a las que les gusta el sexo. En la moral judeo-cristiana, más vale ser tomada por la fuerza que ser tomada por una zorra, nos lo habrán repetido suficiente. Hay una predisposición femenina al masoquismo que no viene de nuestras hormonas, ni del tiempo de las cavernas, sino de un sistema cultural preciso, y que tiene implicaciones perturbadoras en el ejercicio que podemos hacer de nuestra independencia. Voluptuosa y excitante, resulta también perjudicial: que nos traiga lo que nos destruye nos aparta siempre del poder.

En el caso preciso de la violación, se presenta el problema del sentimiento de culpabilidad: puesto que he tenido a menudo esta fantasía, soy co-responsable de la agresión. Para empeorar las cosas, de ese tipo de fantasías no se habla. Sobre todo si te han violado. Somos probablemente numerosas las que nos hayamos en esta situación: haber pasado por una violación y haber tenido

anteriormente fantasías de este tipo. Por tanto, sobre el tema, sólo hay silencio, porque lo que no se puede decir, puede destruir sin trabas.

Cuando el chico se da la vuelta y declara “se acabaron las risas” dándome la primera bofetada, no es la penetración lo que me aterra, sino la idea de que nos van a matar, para que no podamos hablar después. Ni denunciarlos, ni declarar. En su lugar, después de todo, eso es lo que yo hubiera hecho. Del miedo a la muerte, me acuerdo de manera precisa. Esa sensación blanca, una eternidad, no ser nada, ya nada. Eso se acerca más a un trauma de guerra que al trauma de la violación, tal y como de ello hablan los libros. Es la posibilidad de la muerte, la proximidad de la muerte, la sumisión al odio deshumanizado de los otros, que hace que esa noche sea imborrable. Para mí, la violación posee ante todo esa particularidad: es algo obsesivo. Vuelvo a ello, todo el tiempo. Desde hace veinte años, cada vez que creo haber acabado con ello, vuelvo. Para decir cosas diferentes y contradictorias. Novelas, historias cortas, canciones, películas. Imagino siempre que un día podré acabar con ello. Liquidar el evento, vaciarlo, agotarlo.

Imposible. Es fundacional. De lo que soy como escritora, como mujer que ya no es exactamente una. Es al mismo tiempo lo que me desfigura y lo que me constituye.

«EL PARADIGMA SERVICIO FEMENINO / COMPENSACIÓN MASCULINA CORRESPONDE A UN INTERCAMBIO SOCIAL DESIGUAL INTERCAMBIO QUE YO HE LLAMADO "PROSTITUCIONAL" CON EL FIN DE HACER EXPLÍCITAS LAS BASES MATERIALES CONCRETAS DE LAS CONVENCIONES HETEROSEXUALES. YA SEAN PÚBLICAMENTE CONSAGRADAS POR LA CEREMONIA DEL MATRIMONIO O CLANDESTINAMENTE NEGOCIADAS EN LA INDUSTRIA DEL SEXO, LAS RELACIONES HETEROSEXUALES SE CONSTRUYEN SOCIALMENTE Y PSICOLÓGICAMENTE SOBRE EL POSTULADO DEL DERECHO DE LOS HOMBRES SOBRE EL TRABAJO DE LAS MUJERES. INCLUSO AQUELLOS QUE DENUNCIAN LA VEJACIÓN Y LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES LLEVADA A CABO POR LOS HOMBRES, CUESTIONAN RARAMENTE LOS PRIVILEGIOS DE LOS HOMBRES EN LOS DOMINIOS SEXUALES, DOMÉSTICOS Y REPRODUCTIVOS.»

GAIL PHETERSON, EL PRISMA DE LA PROSTITUCIÓN, 1996.

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

Hacer lo que no debe hacerse: pedir dinero por lo que debe seguir siendo gratuito. La decisión no pertenece a la mujer adulta, el colectivo impone sus leyes. Las prostitutas forman el único proletariado cuya condición conmueve tanto a la burguesía. Hasta el punto de que a menudo, mujeres a las que nunca les ha faltado de nada están convencidas de esta evidencia- eso no hay que legalizarlo. El tipo de trabajos que las mujeres no pudientes ejercen, los salarios miserables a cambio de los cuales venden su tiempo, eso no le interesa a nadie. Es el destino de las mujeres que han nacido pobres al que nos acostumbramos sin problema. Ninguna legislación prohíbe dormir en la calle a los cuarenta años. Convertirse en vagabundo es una degradación tolerable. El trabajo es otra. Pero la venta del sexo, eso le concierne a todo el mundo, y las mujeres «respetables» tienen algo que decir al respecto. Durante los últimos diez años me he encontrado bastantes veces en un bonito salón, en compañía de mujeres mantenidas a través de un contrato matrimonial, a menudo mujeres divorciadas que han obtenido una pensión vitalicia digna de ese nombre y que, sin dudarlo un solo segundo, me explican que la prostitución es algo intrínsecamente denigrante para las mujeres. Ellas saben intuitivamente que ese trabajo es más degradante que cualquier otro. De forma intrínseca.

No en circunstancias particulares, sino en sí mismo. La afirmación es categórica, pocas veces matizada, como por ejemplo: «si las chicas no dan su consentimiento», o «cuando ellas no cobran ni un céntimo por su trabajo», o «cuando se les obliga a ir a trabajar fuera, a la periferia de las ciudades.» Como si no hubiera ninguna diferencia a priori entre putas de lujo, ocasionales, de la calle, viejas, jóvenes, virtuosas, dominas, yonquis o madres de familia. Intercambiar un servicio sexual por dinero, incluso en buenas condiciones, incluso voluntariamente, es un ataque a la dignidad de la mujer. He aquí la prueba- si pudieran elegir, las prostitutas dejarían de hacerlo. Hace falta retórica... como si la chica que hace la depilación en Yves Rocher extendiera la cera o limpiara los poros de la nariz por pura vocación estética. La mayoría de la gente que trabaja dejaría de hacerlo si pudiera, ¡menudo chiste! Lo que no impide que, en ciertos ambientes, se nos repita sin fin que la cuestión no es sacar la prostitución de la periferia de las ciudades donde las prostitutas están expuestas a todo tipo de agresiones (condiciones en las que vender pan, por ejemplo, sería un deporte de alto riesgo), ni obtener el marco legal que reclaman las trabajadoras sexuales, sino prohibir la prostitución. Resulta difícil no pensar que lo que no dicen las mujeres respetables, cuando se preocupan del destino de las putas, es que en el fondo tienen miedo de la competencia- desleal, demasiado oportuna y directa. Si la prostituta ejerce su negocio en condiciones decentes, similares a la esteticien o la psiquiatra, si libera su actividad de todas las presiones legales que se ejercen actualmente sobre ella, entonces, la posición de la mujer casada se vuelve de repente menos interesante. Porque si se banaliza el contrato de la prostitución, el contrato matrimonial aparece de modo más claro como lo que es- un intercambio en el que la mujer se compromete a efectuar un cierto número de tareas ingratas asegurando así el confort del hombre por una tarifa sin competencia alguna. Especialmente las tareas sexuales.

Ya he dicho públicamente y en varias ocasiones, en distintas entrevistas, que me prostituí de forma ocasional durante dos años. Cuando escribí este libro, me estancaba siempre al llegar a este capítulo. No me lo esperaba. Se mezclan varias reticencias. Contar mi experiencia resulta difícil. Buscarme clientes en su momento, fue mucho menos difícil.

En 1991, el minitel[3] me da por primera vez la idea de prostituirme. Todos los medios de comunicación modernos sirven primero al mercado del sexo. El minitel, este anticipo de internet, hizo posible que toda una generación de chicas se prostituyera en condiciones ideales de anonimato, elección de cliente, discusión del precio y autonomía. Aquellos que querían pagar por el sexo y aquellas que querían vender lo podían entrar en contacto fácilmente, ponerse de acuerdo sobre las modalidades de este intercambio. La posibilidad de pagar los hoteles con tarjeta de crédito hacía todavía más fácil que el negocio se llevara a cabo: las habitaciones estaban limpias, el precio era moderado, no nos cruzábamos con nadie en la entrada. El primer trabajo que encontré por minitel, en 1989, consistía en vigilar un servidor. Se me pagaba para desconectar a todos los participantes que utilizaban un lenguaje racista o antisemita, pero también a los pedófilos y finalmente, a las prostitutas. Así se aseguraban que este útil no serviría a aquellas mujeres que querían disponer libremente de sus cuerpos para ganar dinero, ni a los hombres que podían pagar y deseaban solicitar claramente lo que buscaban, sin pasar por los subterfugios para obtenerlo. Porque la prostitución no debe banalizarse, ni ejercerse en condiciones confortables.

Corría 1991, la primera guerra del Golfo, retransmitida por la

3 Sistema de comunicación telefónica escrita que existía en Francia antes de internet. *(N. de Ja t.)*

televisión, misiles Scud sobre Bagdad, un disco de Noir Dé-sir en rotación intensa, «Aux Sombres Héros», eliminan al Profesor Griff de Public Enemy, Neneh Cherry lleva mallas ajustadas y zapatillas de deporte enormes. Yo me visto del modo más unisex posible, es decir, más bien como un chico. No llevo maquillaje, ni un corte de pelo identificable, ni joyas, ni zapatos de chica. Los atributos femeninos clásicos no me conciernen. Tengo otras cosas en la cabeza.

Trabajo en un supermercado, en el revelado de fotos en una hora. Tengo 22 años. No tengo en principio el perfil de alguien que va a tomar el camino del sex-business. En todo caso, no tengo realmente el look. Además, dos años antes, cuando era vigilante en la red minitel, y veía a «hombres generosos» proponer mil francos por un polvo me parecía una trampa: les proponían pagar un precio tan caro para poder atraerlas hasta sus casas y hacerles toda un serie de horrores antes de arrojarlas desnudas *y* ensangrentadas en la fosa más próxima. Lectura de Ellroy, algunas películas, la cultura dominante acaba consiguiendo pasar su mensaje: desconfiad, chicas, nos gustáis mucho cuando sois cadáveres. A la larga, yo había terminado convenciéndome de que los hombres pagaban efectivamente mil francos por cita, había deducido que las cías en cuestión debían ser extraordinarias megabombas sexuales.

Odiaba trabajar. Me deprimía la cantidad de tiempo que dejaba en ello, lo poco que ganaba y la facilidad con la que me gastaba el dinero. Miraba a las mujeres más mayores que yo, trabajando toda una vida de ese modo para, ganar poco más que el sueldo mínimo y para que, cuando tuvieran cincuenta años, les echara la bronca el jefe de sección porque iban demasiadas veces a mear. Mes tras mes, comprendía con detalle lo que quería decir llevar una vida de trabajadora honrada. Y no veía escapatoria posible. Ya en esa época, había que contentarse con tener un trabajo. Pero yo nunca

he sido razonable y me costaba conformarme.

En el ordenador en el que facturaba las tiradas de fotos se podía ir al minitel y me conectaba a menudo para discutir con un amante rubio, un chico de París, que trabajaba como «animadora» en un servidor. Yo estaba acostumbrada a hablar por el minitel y, de paso, charlar con mucha gente. Una vez tuve una conversación más excitante que las demás con un señor convincente. Mi primera cita fue con él. Me acuerdo de su voz, cálida y excitante, pensaba que tenía ganas de ver cómo era, que lo hubiera hecho gratis, que me enloquecía a lo bestia. Finalmente, no fui a la cita. Me había preparado, estaba cerca, pero me rajé en el último momento. Demasiado miedo. Demasiado lejos de mí. No en mi vida. Las chicas que «lo hacían» habían recibido seguramente algún tipo de consigna particular, un mensaje llegado desde otra dimensión. Pensaba que hacer la calle no podía improvisarse, que debía haber una iniciación precisa cuyo protocolo me era desconocido. Pero el afán de lucro, mezclado con la curiosidad, con el imperativo de encontrar una manera de que me echaran del supermercado, además de las ganas de aprender algo importante... Me di de nuevo cita, unos días más tarde, con otro hombre, ese precisamente no muy sexy. Simplemente un cliente, uno de verdad.

La primera vez que salgo en minifalda con tacones altos. La revolución depende de unos cuantos accesorios. Después, la única sensación comparable será mi primer paso por la televisión, en Canal Plus, cuando estrenamos la película Fóllame. Tú no has cambiado en nada, pero algo fuera de ti se ha desplazado y ya nada es como antes. Ni las mujeres, ni los hombres. Sin que estés segura de que te guste o no ese cambio, de comprender todas sus consecuencias. Cuando las norteamericanas hablan de sus experiencias como «trabajadoras sexuales» les gusta emplear el término «empowerment», empoderamiento, un subidón de poder. Me gustó inmediatamente

el impacto que causaba en la población masculina, el carácter exagerado, casi teatral, el cambio notable de estatus. Yo que hasta entonces era una tía casi transparente, pelo corto y zapatillas sucias, me había convertido bruscamente en una criatura de vicio. La gran clase. Parecía Wonder Woman que da vueltas en una cabina de teléfono acabar saliendo convertida en superheroína; todo esto era divertido. Pero en seguida también sentí miedo precisamente de esa importancia, que iba más allá de mi comprensión y de mi control. El efecto que todo ello causaba en muchos hombres era casi hipnótico. Entrar en una tienda, en el metro, cruzar la calle, sentarse en un bar. Por todos lados, atraer las miradas de los hambrientos, estar increíblemente presente. Depositaría de un tesoro furiosamente deseado, mi entrepierna, mis pechos, cobraban una importancia extrema. Esto no causaba ese efecto únicamente en los obsesos. Una mujer con estilo de puta le interesa a casi todo el mundo. Me había convertido en un juguete gigante. En todo caso, lo que estaba claro es que yo podía hacer ese trabajo. Finalmente, no era necesario ser una megabomba sexual, ni conocer secretos técnicos inimaginables para convertirse en una mujer fatal... bastaba con jugar el juego. El juego de la feminidad. Y nadie podía decirte «cuidado, es una impostora», porque no lo era, no más que cualquier otra. Al principio ese proceso me fascinó. A mí que siempre me habían dado igual esas cosas de chicas, me volví una apasionada de los tacones de aguja, de la lencería fina y de los trajes de falda y chaqueta. Me acuerdo de mi propia perplejidad, los primeros meses, cuando me veía reflejada en los cristales de los escaparates. Es verdad que esa no era simplemente yo, esa gran puta de piernas alargadas por los tacones altos. La chica tímida, rellenita, masculina, desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Incluso aquello que había de masculino en mí, como mi manera de avanzar super rápida y con seguridad, se convertía, una vez que me había puesto el uniforme, en atributo de hiperfeminidad. Al principio, eso me gustó, convertirme en esa otra chica. Era

como hacer un viaje, sin cambiar de sitio, pero entrando en otra dimensión. Inmediatamente, desde el momento en que llevaba el disfraz de la hiperfeminidad puesto un cambio de autoafirmación, como cuando te metes una raya de coca. Después, como la coca, se volvió más difícil de gestionar. Entretanto, me había armado de coraje, había conseguido mi primer cliente a domicilio, un buen hombre, un sesentón, que fumaba cigarrillos negros uno tras otro y hablaba mucho durante el sexo. Parecía solo y a mí me resultaba sorprendentemente amable. No sé si tengo pinta de torpe o de dulce o, al contrario, soy demasiado imponente, o si simplemente he tenido buena suerte, pero esta tendencia se confirmó después: los clientes fueron más bien cariñosos conmigo, atentos, tiernos.

Mucho más que en la vida real, de hecho. Si mi memoria es buena, y creo que lo es, lo que era difícil de soportar no era su agresividad o su desprecio, ni nada de lo que querían, sino más bien su soledad, su tristeza, sus pieles blancas, su timidez desamparada, los fallos que dejaban al descubierto, sin maquillaje, su fragilidad expuesta. Su vejez, sus ganas de carne fresca contra sus cuerpos de viejo. Sus tripas cerveceras, sus pollas pequeñas, sus culos caídos o sus dientes amarillentos. Era su fragilidad lo que hacía que fuera complicado. Aquellos a los que podía odiar o despreciar eran los únicos, finalmente, con los que era posible hacerlo permaneciendo bien cerrada. Ganar un máximo de pasta, en un mínimo de tiempo, y después no pensar en ello. Pero, en mi corta experiencia, los clientes estaban llenos de humanidad, de fragilidad, de angustia. Y eso, después, se te queda pegado como un remordimiento.

En ese momento, desde un punto de vista físico, tocar la piel del otro, poner mi piel a su disposición, abrir mis piernas, mi vientre, todo mi cuerpo al olor del extranjero, superar el asco corporal no representaba un problema para mí. Era una cuestión de caridad, incluso teniendo precio. Resultaba evidente que para el cliente

era importante que yo no me mostrara asqueada por sus gustos, o sorprendida por sus defectos físicos, que finalmente, valía la pena fingir.

Descubrir un mundo completamente nuevo en el que el dinero cambia de valor. El mundo de las mujeres que juegan el juego. Lo mismo que se gana en cuarenta horas de curro ingrato se te ofrece por menos de un par. Evidentemente, hay que contar el tiempo de la preparación, la depilación, el tinte, la manicura, el maquillaje, los gastos en ropa, medias, lencería, en complementos de vinilo. Pero, aun así, las condiciones de trabajo seguían siendo un lujo. A los hombres que se lo pueden permitir les gusta pagarse mujeres. He llegado a esa conclusión. A algunos les gusta frecuentar putas según un ritual estricto, dinero en efectivo en mano y escenario exacto de la relación previamente acordado. Otros prefieren que aquello se parezca más a una relación. Lo llaman libertinaje, te piden que les traigas facturas o que les digas qué quieres que te regalen en concreto. Una manera de jugar a papá, de hecho.

«Subrayemos que se define a aquellas o aquellos que piden dinero a cambio de servicios sexuales por su actividad como "prostitutas", un estatuto ilegítimo o ilegal, mientras que aquellos que pagan por el sexo son raramente diferenciados de la población masculina en general», escribe Gail Pheterson en El prisma de la prostitución. Decir que «te has hecho un cliente» te sitúa al margen y te somete a los fantasmas más diversos. Nada anodino. Decir que te vas de putas, es distinto. Eso no hace de un hombre un hombre aparte, no marca su sexualidad, no le predefine de ningún modo. Se piensa que los clientes de las prostitutas constituyen una población variada, tanto por sus motivos como por sus modos de actuar, su categoría social, racial, su edad o su cultura. Sin embargo, las mujeres que realizan ese trabajo son inmediatamente estigmatizadas, pertenecen a una categoría única: las víctimas. En Francia,

la mayoría de ellas se niega a hablar públicamente con el rostro al descubierto, porque saben que ese trabajo no debe asumirse. Hay que guardar silencio. Siempre la misma maquinaria. Se exige de ellas que estén sucias, mancilladas. Y si no dicen lo que hay que decir, si no se quejan del daño que les han hecho, sino cuentan cómo las han forzado, entonces lo pagan caro. No nos da miedo que no sobre-vivan, al contrario, lo que nos da miedo es que digan que ese trabajo no es tan aterrador como parece. Y no sólo porque todo trabajo es degradante, difícil, duro. Sino porque muchos hombres nunca son tan amables como cuando están con una puta.

Creo que conocí unos cincuenta y tantos clientes distintos en dos años. Cada vez que necesitaba dinero en efectivo, me conectaba por minitel, en un servidor de Lyon. En diez minutos de conexión, anotaba varios números de teléfono de hombres y buscaba una cita para ese mismo día. A menudo eran tipos que estaban de viaje de negocios. En Lyon había más clientes que chicas, lo que hacía más fácil la selección y el trabajo más agradable. Hablando con los que «venían» más a menudo, me decían que encontraban bastante rápidamente lo que buscaban. Si los clientes eran numerosos y estaban satisfechos es que también éramos muchas las que proponíamos nuestros servicios. La prostitución ocasional no tiene nada de extraordinario. Lo único excepcional en mi caso es que yo hablo de ello. Este trabajo, que puede practicarse en secreto total, no es más que un curro bien pagado, para una mujer poco o nada cualificada.

Cuando trabajaba en los salones de masaje «erótico» y en algunos peep-shows de París, tenía tiempo de discutir con otras chicas entre dos clientes. Conocí a chicas muy distintas, las más inesperadas según la conciencia colectiva para «ese tipo de trabajo». La primera vez que trabajé en un salón de masajes, venía de un ambiente de extrema izquierda en el que había escuchado, decir,

convencida, que las chicas que se prostituyen son víctimas, inconscientes o manipuladas, que en todo caso no tenían elección. La realidad sobre el terreno era muy distinta. La chica que me abrió la puerta era una negraza asombrosa, una de las chicas más guapas que he visto de cerca. Difícil de compadecerla o de tener piedad de una criatura así. Después nos conocimos bien- era algo más joven que yo, estaba mejor integrada socialmente, había trabajado varios años como esteticien, estaba comprometida con un chico que la adoraba y tenía mucho humor y muy buen gusto para la música. A mí me parecía sólida, trabajadora, decidida. Lúcida y con las cosas claras comparada conmigo o con las otras chicas que yo conocía. Nada que ver con la imagen de las profesionales del sexo que yo tenía. Muy solicitada, ganaba una fortuna cada día, dinero en efectivo que ella ahorraba concienzudamente. Al mismo tiempo que yo llegó al salón una chica pequeña, morena, que volvía de Yugoslavia, donde había trabajado en el ámbito humanitario. Tenía un diploma de la escuela de comercio, pero se había encontrado confundida al buscar un «curro» normal. Y había intentado entrar en un salón por azar. Le decía a su novio que era secretaria en una gran empresa. No pensaba hacer ese trabajo por mucho tiempo. Hablábamos muchísimo sobre la extrañeza de ese tipo de trabajo que nos fascinaba por igual.

El único punto en común que he podido encontrar entre todas las chicas con las que rae he cruzado es, evidentemente, la falta de dinero, pero sobre todo el hecho de que ellas no hablaban de lo que hacían. Secretos de mujeres. Ni a los amigos, ni a la familia, ni a los novios, ni a los maridos. Creo que la mayoría de ellas han hecho lo mismo que yo- han trabajado en esto algún tiempo, algunas veces, y después se han dedicado a otras cosas completamente distintas.

A la gente le gusta poner cara de incrédula cuando les dices que has trabajado como puta, lo mismo que ocurre con la violación:

pura hipocresía. Si se pudiera realizar una encuesta, nos asombraríamos de la cantidad de chicas que han vendido sexo a un desconocido. Hipócritamente, porque en nuestra cultura, el límite entre la seducción y la prostitución es borroso, aunque en el fondo todo el mundo sea consciente de ello.

Durante todo el primer año, realmente me gustó ese trabajo. Porque se hacía mas dinero fácil que en otros sitios, pero también porque me permitió experimentar casi todo lo que me intrigaba, me excitaba, me perturbaba o me fascinaba sin hacerme demasiadas preguntas y evitando toda consideración moral. Además de otras muchas cosas que yo no hubiera pensado espontáneamente y que no me habrían gustado que me pidieran en la intimidad, aunque fue interesante hacerlas una vez. Sólo comprendí el confort de mi posición después de haberlo dejado, cuando, después de convertirme en Virginie Despentes, rae pasé por un club de intercambio de parejas. Entonces me di cuenta de que era mucho más fácil hacerlo como puta que acompaña a un cliente. Sin comerse la cabeza- vengo aquí porque es mi trabajo, hago lo que no debe hacerse, me pagan por ello. Es punk-rock. Sin el dinero como motivo, todo se complicaba: ¿venía para acompañar a un productor, o solamente por mi propio placer? ¿Las cosas que hacía allí las hacía porque estaba demasiado borracha o porque verdaderamente me excitaban? ¿Tenía el coraje al menos de saber cómo me sentía el día después? Benévola y lúdica, mi sexualidad me parecía entonces mucho más confusa. Soy una chica, así que el territorio del sexo fuera de la pareja no me pertenece. La prostitución ocasional, con la posibilidad de elegir los clientes y los tipos de escenario, es también para una mujer una manera de echar un vistazo al lado del sexo sin sentimientos, de experimentar, sin tener que pretender que lo hace por puro placer y sin esperar beneficios sociales colaterales. Cuando se trabaja como puta, se sabe a lo que se viene, por cuánto, y mejor si además te lo pasas bien o si satisfaces tu

curiosidad. Cuando se es una mujer libre, la cosa es mucho más complicada; en definitiva, menos ligera.

Al principio, todo el mundo me felicitaba y se alegraba tanto de mi éxito que era fácil apreciar mi nuevo trabajo. Una chica que se feminiza, eso sí que causa emoción. Así son las cosas. Pocos son los que se preguntaban qué me ocurría. Ya lo he dicho antes, «el disfraz de mujer» nunca me había interesado. Pero llevarlo me permitió comprender dos o tres cosas importantes sobre los hombres. Cuando no te lo esperas, el efecto que producen los objetos fetiche —el liguero, los tacones de aguja, los sujetadores que realzan el pecho o el carmín— es un chiste. Hacemos como si no lo supiéramos cuando compadecemos a las mujeres-objeto, las bimbos de pechos remodelados, todas las zorras anoréxicas y reconstruidas que salen en la tele. Pero la fragilidad está sobre todo del lado de los hombres.

Como si nadie les hubiera avisado de que Papá Noel no vendrá: les basta con ver una chaqueta roja para correr con la lista de regalos que querrían ver junto a su chimenea. Me hace gracia, desde entonces, escuchar cómo los hombres disertan sobre la estupidez de las mujeres que adoran el poder, el dinero o la fama: como si adorar un liguero fuera menos estúpido...

En mi caso, la prostitución ha sido una etapa crucial de reconstrucción después de la violación. Una empresa de indemnización, billete a billete, de lo que me había sido robado por la fuerza. Aquello que yo podía vender a cada cliente, lo había guardado intacto. Si yo lo vendía diez veces seguidas, quería decir que aquello no se desgastaba con el uso. Este sexo sólo me pertenecía a mí, no perdía su valor a medida que se usaba, e incluso podía ser rentable. De nuevo, me encontraba en una situación de ultra-feminidad, pero esta vez yo sacaba un beneficio neto.

Lo que resulta difícil, incluso hoy, no es el haberlo hecho. Recordar mi pasado para escribir este capítulo me confronta con buenos recuerdos. El subidón de adrenalina antes de llamar a una puerta, y subidones todavía más fuertes antes de empezar una sesión. Me gustaría decir otra cosa visto que no me hace falta añadir mucho del lado de lo cutre, pero desde un punto de vista sexual, en general, fue muy excitante. Ser puta era a menudo lo más, el deseo resultaba gratificante. Aquellas fueron también mis primeras salidas de compras, con mi propio dinero, en efectivo, como nunca antes hubiera soñado tenerlo y poder fundirlo en un solo día. Además, esta experiencia, al presentarme a los hombres bajo un ángulo más infantil, frágil y vulnerable, los volvió más simpáticos, menos impresionantes, más amables. Y finalmente, más accesibles. Descubrí una receta para atraer más atención de la que yo podía gestionar. Eso ha disminuido mi agresividad contra ellos, más de lo que nunca hubiera imaginado. Una agresividad que, a diferencia de lo que se cree, nunca ha sido muy elevada. Lo que me da rabia no es lo que los hombres hacen o son, sino lo que quieren impedirme que haga o lo que quieren obligarme a hacer.

Lo que resulta difícil es hablar de ello. Lo que eso provocaría en la cabeza de la gente, con la que luego me encontraría. La condescendencia, el desprecio, la proximidad, las conclusiones fuera de lugar.

Cuando llegué a París, la práctica se complicó. Muchas más chicas, muchas más blancas, chicas del Este, muy guapas, muchos más clientes peligrosos. Los servidores de minitel estaban vigilados y era difícil elegir como antes. No conocía bien los barrios a los que iba. Y cuando quería pasarme a trabajar en el masaje o en el striptease, para entrar en una estructura, los porcentajes eran ridículos, los locales demasiado pequeños y la oferta siempre superior a la demanda, lo que hacía que el ambiente entre las chicas fuera

un espanto. Además, yo ya no estaba sola, así que empezaron las mentiras y la sensación de traer mi mierda a casa. Pérdida de equilibrio.

Es difícil dejarlo. Volver a trabajos pagados normalmente, los que se te trata normalmente, como un empleado. Levantarse por las mañanas, dar todo tu tiempo. *De* todos modos, yo echaba solicitudes por todos lados, pero no encontraba trabajo. Tuve que esperar a conocer a alguien que a su vez conocía a alguien que trabajaba en Virgin para poder empezar a ser dependienta durante unos meses. Trabajar por el sueldo mínimo se había vuelto una especie de lujo. El mercado se había endurecido y, entretanto, yo me había hecho mayor y tenía lagunas sospechosas en mi CV. La readaptación no era evidente. El único trabajo estable que encontré consistía en hacer reseñas de películas X para un editor de revistas porno. Y eso no daba para pagar un alquiler en París. Cuidé niños, cosa que al menos era divertida, pero eso tampoco daba para vivir en la capital.

Cabría comparar el estar enganchado a una droga dura y ser puta. Todo empieza bien: sensaciones fáciles de poder (sobre los hombres, el dinero), emociones fuertes, descubrimientos interesantes sobre ti misma, liberación de dudas. Pero es un alivio traicionero, los efectos secundarios son duros, sigues buscando las sensaciones del principio, como con la droga. Cuando intentas dejarlo, las complicaciones se parecen: vuelves una vez más, una sola vez y después una semana más tarde, cuando se presenta el más mínimo problema, vuelves a encender tu minitel, por última vez. Entonces empiezas a entender que aquello te da más problemas que beneficios, pero aun así vuelves. Lo que antes era una fuerza fantástica que controlabas acaba desbordándolo todo y volviéndose amenazadora. Y todo lo que antes te atraía del asunto, se vuelve un problema.

Durante cierto tiempo estuve así, volviendo y dejándolo, hasta que me convertí en Virginie Despentes. Siempre me ha impresionado la similitud entre la parte promocional de mi trabajo de escritora mediatizada y el acto de prostituirse. Con la diferencia de que cuando dices «soy puta», tienes a todos los salvadores de tu parte, mientras que cuando dices «salgo en la tele» lo único que encuentras son envidiosos. Pero el sentimiento de no poseerse a sí misma por completo, de vender lo íntimo, de mostrar lo privado, es exactamente el mismo.

Aún no veo bien la diferencia entre la prostitución y el trabajo asalariado legal, entre la prostitución y la seducción femenina, ente el sexo pagado y el sexo interesado, entre lo que conocí durante aquellos años y lo que he visto después. Lo que las mujeres hacen con su cuerpo, desde el momento en que hay hombres que tienen pasta y poder alrededor, me parece todo bastante parecido al final. Entre la feminidad tal y como se nos vende en las revistas y la de la puta, se me escapa siempre el matiz de diferencia. Porque aunque algunas no digan claramente cuáles son sus honorarios, tengo la impresión de haber conocido a muchas putas. Muchas mujeres a las que el sexo no les interesa pero que saben sacar beneficios de él. Que se acuestan con hombres viejos, feos, muermos, idiotas hasta la depresión, pero socialmente poderosos. Que se casan con ellos y que luchan por sacar un máximo de dinero en el momento del divorcio. Que les parece normal que una mujer sea una mantenida, que se la lleve de viaje, que se la mime. Que incluso piensan que eso es un éxito. Es triste escuchar a algunas mujeres hablar del amor como de un contrato económico implícito. Que esperan que los hombres paguen por acostarse con ellas. Eso me parece lo más cutre, en su caso, que renuncien a toda independencia —al menos la puta, una vez que ha satisfecho a su cliente, puede largarse tranquila— y en el caso de los hombres, que sólo puedan acceder a la sexualidad si tienen un modo de apoquinar. Es mi lado

clase media' hay evidencias que no puedo digerir y respecto a las cuales me falta sutileza. Pero si tuviera que dar consejo a una chavalita, le diría que hiciera las cosas sin tapujos, que guardara su independencia, y que si quiere, saque provecho de sus encantos en lugar de casarse, encerrarse, parir y dejar que un tipo al que ella no soporta y que no la lleva de viaje le ponga un cerrojo. A los hombres les gusta pensar que lo que las mujeres prefieren es seducirles y hacerles enloquecer. Pura proyección homosexual si fueran de sexo femenino, lo que les gustaría a ellos es excitar a otros hombres. Vale, es verdad, es agradable hacerles perder la cabeza a base de escotes y de carmín. Hay a quien le gusta llevar un disfraz de Mickey para distraer a los niños, pero hay quien prefiere otra cosa. Por ejemplo, hay quien prefiere no trabajar en Disney. Seducir está al alcance de muchas jóvenes, siempre que acepten jugar el juego, porque de lo que se trata es de reconfortar a los hombres sobre su virilidad, jugando el juego de la feminidad. Sacar un beneficio personal exige un perfil preciso, cualidades poco frecuentes. Todas no venimos de las clases sociales superiores, a todas no nos han entrenado para sacar el máximo de dinero de los hombres. Y, además, algunas preferimos el dinero que ganamos nosotras mismas. A diferencia de la idea que se hacen muchos hombres, no todas las mujeres tienen alma de cortesanas. A algunas, por ejemplo, les gusta el poder directo, el que permite llegar donde quieres sin necesidad de sonreír a tres fulanos esperando que les contraten como esto, o les confíen aquello. El poder que te permite ser desagradable, exigir, ser cortante. Y ese poder no es más vulgar cuando una mujer lo ejerce que cuando lo hace un hombre. Se supone que, a causa de nuestro sexo, nosotras debemos renunciar a este tipo de placer. Eso es mucho pedir. No nos encontramos con muchas Sharon Stone en la vida. Hay más bellezas pasadas de coca, idiotas con vestidos bonitos. A los hombres les gustan las chicas guapas, cortejarlas y fanfarronear cuando se llevan una al huerto. Pero lo que más les gusta en realidad es ver cómo se la pegan mientras

simulan compadecerlas o se alegran directamente. La prueba es su tosca alegría cuando ven envejecer a aquellas mujeres que no han podido obtener o a las que les hicieron sufrir. ¿Acaso hay algo más rápido y previsible que la caída de una mujer que ha sido guapa? No es necesario tener mucha paciencia para obtener venganza. «Lo que resulta inaceptable no es que se gratifique materialmente a una mujer a cambio de satisfacer el deseo de un hombre, sino que se pida esa gratificación de forma explícita», escribe Pheterson.

Como el trabajo doméstico y la educación de los niños, el servicio sexual debe ser gratuito. El dinero es la independencia. Lo que ataca la moral en la práctica del sexo pagado no es el hecho de que la mujer no encuentre placer, sino que se aleje del hogar y que gane su propia independencia. La puta es la «criatura del asfalto», la que se apropia de la ciudad. Trabaja fuera de la domesticidad y de la maternidad, fuera de la célula familiar. Los hombres no necesitan mentirle, ni ella necesita engañarlos, más bien ella se puede convertir en su cómplice. Tradicionalmente, las mujeres y los hombres no están hechos para comprenderse, entenderse y ser sinceros entre sí. Claramente, esta posibilidad da miedo.

Los medios de comunicación franceses, los artículos, los documentales y los reportajes de radio se centran siempre en las formas más sórdidas de la prostitución, como la de calle en la que se explota a las mujeres sin papeles. Por su dimensión espectacular evidente: un poco de injusticia medieval en nuestras carreteras siempre produce buenas imágenes. Nos gusta contar historias de mujeres maltratadas que cuentan a las otras que se han librado por los pelos de lo peor. Además resulta más fácil, porque los y las que trabajan en el exterior no pueden mentir acerca de su actividad, como lo hacen los que la practican a través de internet. Buscamos lo más sórdido y lo encontramos sin mucha dificultad porque ésa es precisamente la prostitución que no puede sustraerse a la mirada pública. Chicas

ilegales, que trabajan sin dar su consentimiento, que hacen clientes en cadena, domesticadas por la violación, drogadas, retratos de chicas perdidas. Cuanto más cutre, mejor y más fuerte se siente un hombre en comparación. Cuanto más sórdido, más emancipado se siente el pueblo francés. Así, a partir de imágenes inaceptables de un tipo de prostitución practicada en condiciones asquerosas, se acaban extrayendo conclusiones sobre el mercado del sexo en su conjunto. Es tan pertinente como hablar del trabajo textil mostrando únicamente imágenes de niños sin contrato en sótanos. No importa, lo que cuenta es poder transmitir una única idea: ninguna mujer debe sacar beneficios de sus servicios sexuales fuera del matrimonio. En ningún caso ella es lo suficientemente adulta como para negociar con sus encantos. Prefiere forzosamente tener un trabajo honesto. Honesto según las instancias morales. Un trabajo no degradante. Porque el sexo para las mujeres, sin amor, es siempre degradante.

Esta imagen precisa de la prostituta, que nos gusta tanto exhibir, una mujer privada de todos sus derechos, de su autonomía, de su poder de decisión, sirve varias funciones. Principalmente mostrar a los hombres que quieren hacérselo con una puta lo bajo que deberán caer para conseguirlo. De este modo, también se les arrastra a ellos hasta la célula familiar- todo el mundo a casa. Es también una manera de recordarles que su sexualidad es monstruosa, que crea víctimas y destruye vidas. Porque la sexualidad masculina debe seguir siendo criminal, peligrosa, asocial y amenazadora. Esto no es una verdad en sí, es una construcción cultural. Cuando impedimos que las putas trabajen en condiciones decentes, atacamos directamente a las mujeres, pero también buscamos controlar la sexualidad de los hombres. Echar un polvo cuando tienen ganas no debe ser algo agradable y fácil. Su sexualidad debe seguir siendo un problema. De nuevo, doble imposición- en la ciudad todas las imágenes invitan al deseo, pero el alivio debe seguir siendo

problemático, cargado de culpa.

La decisión política que consiste en hacer de las prostitutas víctimas también cumple una función- marcar el deseo masculino, encerrarlo en la infamia. Que se corran pagando, si quieren, pero que para hacerlo tengan que meterse en el fango, la vergüenza y la miseria. El pacto de la prostitución «yo te pago y tú me satisfaces» es la base de la relación heterosexual. Hacernos creer que ese contrato es extraño a nuestra cultura es pura hipocresía. Al contrario, la relación entre el cliente varón heterosexual y la puta es un contrato entre los sexos sano y claro. Por eso, es necesario complicarlo de manera artificial.

Cuando las leyes Sarkozy sacan a las prostitutas de la calle fuera de la ciudad, obligándolas a trabajar en los bosques, del otro lado de las autopistas, a merced de los caprichos de los policías y los clientes (el símbolo del bosque es interesante: la sexualidad debe salir físicamente del dominio de lo visible, de lo consciente, de lo iluminado), no se trata de una decisión política que proteja la moral. La cuestión no es solamente evitar que esta población pobre esté a la vista de los ciudadanos del centro de las ciudades, los más ricos de entre nosotros. A través del cuerpo de la mujer, definitivamente un instrumento esencial en la elaboración política de la mística de la masculinidad, el gobierno decide deportar fuera de la ciudad el deseo bestial de los hombres. Si las putas se instalaban hasta ahora sin problema en los barrios favorecidos, es porque los clientes estaban allí, y se paraban para que les hicieran una mamada rápida antes de volver a sus casas.

En su libro, Pheterson cita a Freud: «la corriente tierna y la corriente sensual sólo se han fusionado como es necesario en un pequeño grupo de seres civilizados; los hombres se sienten casi siempre limitados en el ejercicio de su actividad sexual por respeto

a las mujeres y sólo desarrollan su plena potencia sexual cuando se encuentran en presencia de un objeto sexual despreciado, una cuestión fundada también sobre el hecho de que existen en sus deseos sexuales componentes perversos que no se permiten satisfacer con una mujer a la que respetan.»

La dicotomía madre-puta está dibujada artificialmente .sobre el cuerpo de las mujeres, un poco como el mapa de África: sin tener en cuenta las realidades del terreno, sino únicamente los intereses de los colonizadores. Esta separación no procede de un proceso «natural», sino de una voluntad política. Se condena a las mujeres a estar escindidas en dos opciones incompatibles. Al mismo tiempo, se encierra a los hombres en otra dicotomía: lo que se la pone dura debe ser problemático. Sobre todo, que no haya reconciliación, es un imperativo. Una de las características particulares de los hombres es una tendencia a despreciar aquello que desean, así como a despreciarse a sí mismos a causa de la manifestación física de ese deseo. En desacuerdo fundamental con ellos mismos, se empalman con aquello que avergüenza. Al eliminar la prostitución, de las calles, la que ofrece un alivio más rápido, el cuerpo social complica el alivio de los hombres.

Una frase de cliente me ha marcado, una frase repetida varias veces, por distintos hombres, después de sesiones muy diferentes unas de otras. Me decían, en un tono suave y algo triste, en todo caso resignado: «es a causa de hombres como yo que chicas como tú hacen lo que hacen». Era una manera de reasignarme a mi posición de chica perdida, probablemente porque yo no daba suficientemente la impresión de sufrir con lo que hacía. Era también una frase que venía a expresar lo doloroso que es el recinto del placer masculino: lo que a mí me gusta hacer contigo produce forzosamente infelicidad. A solas con su culpabilidad. Es necesario que se avergüencen de su propio deseo, incluso si encuentran

satisfacción en un contexto que no causaría dolor, donde ambas partes podrían satisfacerse. El deseo de los hombres debe herir a las mujeres, ultrajarlas. Y, en consecuencia, debe culpabilizar a los hombres. De nuevo, no se trata de una fatalidad, sino de una construcción política. Actualmente, los hombres no dan la impresión de querer liberarse de este tipo de cadenas. Más bien al contrario.

No estoy afirmando que en cualquier condición y para cualquier mujer esta forma de trabajo resulte anodina. Pero teniendo en cuenta que el mundo económico actual es lo que es, es decir una guerra fría sin piedad, prohibir el ejercicio de la prostitución en un marco legal adecuado, es prohibir a la clase femenina enriquecerse y sacar ventaja de su propia estigmatización.

Creo que no tendría un recuerdo tan positivo de mis años de puta sin la lectura de las feministas americanas «pro-sexo»[4] Norma Jane Almodóvar, Carol Queen, Scarlot Harlot, Margot St. James, por ejemplo. No es casual que ninguno de sus textos estén traducidos al francés —o al español—, que el libro «El prisma de la prostitución» de Pheterson haya tenido una pequeña difusión a pesar de ser una obra ineludible, que el libro de Claire Carthonnet "J'ai des choses a vous diré" no se conozca apenas o que sea considerado como un simple testimonio. El desierto teórico al que nos condenamos socialmente es una estrategia. Es necesario guardar la prostitución en la vergüenza y la oscuridad para proteger tanto como sea posible la célula familiar tradicional.

Vuelvo a hacerme algunos clientes a finales del 91, escribo Fóllame en abril del 92. No creo que se trató de simple azar. Existe una

4 La autora se refiere aquí al feminismo «pro-sex», una reacción crítica frente al feminismo conservador «pro-censor-shio» que defiende la abolición de la prostitución y la censura de la producción audiovisual pornográfica. Traducimos aquí literalmente feminismo "pro-sexo" *(N. de la t)*

relación real entre escritura y prostitución. Emanciparse, hacer lo que no debe hacerse, ofrecer la intimidad, exponerse a los peligros de ser juzgado por los otros, aceptar la exclusión del grupo. Más en concreto, como mujer: convertirse en una mujer pública. Ser leída por cualquiera, hablar de aquello que debe permanecer en secreto, exhibirse en los periódicos... En conflicto evidente con la posición que se nos asigna tradicionalmente: mujer privada, propiedad, mitad y sombra del hombre. Convertirse en escritora, ganar dinero fácilmente, provocar tanta repulsión como fascinación la vergüenza pública es comparable a la de la puta. Aliviar, acompañar a aquellos que nadie quiere, compartir la intimidad con un desconocido, aceptar sin juzgar diferentes tipos de deseo. Encontramos muchas prostitutas en las novelas: Bola de sebo, Nana, Sofía Semionovna, Marguerite, Fantine... Son figuras populares, anti-madres, en el sentido religioso del término, mujeres que no juzgan, que son comprensivas, que reconocen el deseo de los hombres, condenadas y libres. Cuando los hombres sueñan que son mujeres, se imaginan más fácilmente siendo putas, excluidas y libres de movimientos, que siendo madres de familia preocupadas de la limpieza del hogar. A menudo, las cosas son exactamente lo contrario de lo que nos dicen que son, por eso nos lo repiten con tanta insistencia y brutalidad. La figura de la puta es un buen ejemplo^ cuando afirmamos que la prostitución es una «violencia contra las mujeres» es para que olvidemos que es el matrimonio lo que constituye una violencia contra las mujeres y, de modo general, todo lo que aguantamos. Aquellas que se dejan follar gratis deben seguir diciendo que su opción es la única posible, si no ¿cómo las retendríamos? La sexualidad masculina en sí misma no constituye una violencia contra las mujeres, si éstas consienten y están bien pagadas. Lo que resulta violento es el control que se ejerce sobre cada una y cada uno de nosotros, la facultad de decidir por nosotros lo que es digno y lo que no lo es.

«LA PORNOGRAFÍA ES COMO UN ESPEJO EN EL QUE PODEMOS MIRAR-NOS. A VECES, LO QUE VEMOS NO ES MUY BONITO Y NOS PUEDE HACER SENTIR BASTANTE MAL. PERO ES UNA OCASIÓN MARAVILLOSA PARA CONOCERSE A SÍ MISMO, PARA APROXIMARSE A LA VERDAD Y APRENDER. LA RESPUESTA AL PORNO MALO NO ES LA PROHIBICIÓN DEL PORNO, SINO HACER MEJORES PELÍCULAS PORNO.»

ANNIE SPRINKLE, HARDCORE FROM THE HEART, 2001.

PORNO-BRUJAS

Una se pregunta qué diablos está en juego en el porno que hace que el dominio X tenga tal poder blasfematorio. Basta con que nos muestren un rabo enorme taladrando un coño depilado para que un buen número de nuestros contemporáneos se santigüe mientras cierra el ano. Algunos, haciendo como si ya estuvieran de vuelta, repiten: «eso no tiene ningún interés», pero basta con caminar cien metros por la ciudad con una actriz porno para darse cuenta de lo contrario. O con echar un vistazo en internet a la prosa antiporno. Los que se ofuscan cuando se trata de prohibir una caricatura religiosa, «no estamos en la Edad Media, es el colmo», ya no tienen las ideas tan claras cuando se trata de clítoris y de cojones. Asombrosas paradojas del porno.

Las afirmaciones circulan de forma tanto más perentoria puesto que siguen sin ser verificadas. Entretanto se sigue haciendo responsable al porno de las violaciones colectivas, de la violencia entre los sexos, de las violaciones en Bosnia o en Ruanda. Se lo compara incluso con las cámaras de gas... Sólo una cosa parece surgir de todo esto con claridad: filmar el sexo no es anodino. Los artículos y los libros consagrados a la cuestión son extraordinariamente numerosos. Los estudios serios son muchos menos, y raramente se

molestan en investigar las reacciones de los hombres consumidores de pomo. Preferimos imaginar lo que les pasa por la cabeza que preguntarles directamente. David Loftus en su libro Watchingsex, how men really respond to pornography pregunta precisamente a cien personas de sexo masculino, de diversos perfiles, sobre sus reacciones frente al pomo. Todos dicen haber descubierto el porno antes de la edad legal. De la muestra de consumidores analizada por Loftus, ninguno de los hombres dice haberse sentido mortificado. Al contrario, el descubrimiento del material pornográfico está asociado para ellos con un recuerdo agradable, constructivo de su masculinidad de formas distintas, ya sea lúdicamente o de forma excitante. A excepción de dos hombres, ambos homosexuales, que explican cómo al principio les fue difícil porque sabían, confusamente, que les gustaban los hombres, pero sin haberlo formulado claramente. En estos dos casos, la visión del material pornográfico les obligó a identificar claramente su atracción.

Para mí este experimento ofrece una pista interesante para comprender la violencia del rechazo a menudo fanático, al borde del pánico, que suscita el porno. Los militantes despavoridos reclaman la censura y la prohibición a gritos como si les fuera la vida en ello. Esta actitud resulta objetivamente sorprendente: ¿Amenaza la seguridad del Estado un primer plano de una polla que penetra a una chica a cuatro patas? Las páginas web antiporno son más numerosas y vehementes que las páginas contra la guerra en Iraq, por ejemplo. Asombroso vigor contra algo que no deja de ser un simple género cinematográfico.

El problema que plantea el porno reside en el modo en el que golpea el ángulo muerto de la razón. Se dirige directamente al centro de las fantasías, sin pasar por la palabra ni por la reflexión. Primero nos empalmamos o mojamos, después nos preguntamos por que. Los reflejos de autocensura se ven trastocados. La imagen

porno no nos deja elección^ esto te excita, esto te hace reaccionar. Nos hace saber dónde hay que apoyarse para ponerse en marcha. Ahí está su mayor fuerza, su dimensión casi mística. Por eso se crispan y gritan tanto los militantes antiporno. Rechazan que se habla directamente a su propio deseo, que se les fuerce a saber algo sobre sí mismos que han decidido ignorar o acallar.

El porno presenta un verdadero problema: libera el deseo y le promete satisfacción demasiado rápido como para permitir una sublimación. En este sentido, cumple una función mediadora, relaja la tensión en nuestra cultura entre delirio sexual abusivo (en la ciudad, los signos que llaman al sexo nos invaden literalmente el cerebro) y rechazo exagerado de la realidad sexual (no vivimos en una gigantesca orgía perpetua, las cosas permitidas o posibles son más bien relativamente pocas). El porno interviene aquí como una liberación psíquica, para equilibrar la diferencia de presión. Pero aquello que resulta excitante a menudo es socialmente molesto. Pocos son aquellos y aquellas capaces de asumir en público lo que les pone a cien en la vida privada. A veces, ni siquiera tenernos ganas de hablar de ello con nuestros compañeros sexuales. El dominio de lo privado, lo que me hace mojar. Porque la imagen que ello da de mí es incompatible con mi identidad social cotidiana.

Nuestras fantasías sexuales hablan de nosotros, en la manera desplazada de los sueños. No dicen nada de lo que deseamos que ocurra de facto.

Es evidente que muchos hombres heterosexuales se empalman pensando en ser penetrados por otros hombres, o ser humillados, sodomizados por una mujer, del mismo modo que es evidente que muchas mujeres se excitan con la idea de ser violentadas, de participar en un gang bang o de ser folladas por otra mujer. El porno también nos puede molestar porque revela que somos inexcitables

mientras que nos imaginamos a nosotros mismos como calentones insaciables. Aquello que nos excita o que no nos excita proviene de zonas incontrolables, oscuras y pocas veces en acuerdo con lo que deseamos conscientemente. He aquí el interés de este género cinematográfico, si nos gusta soltar amarras y perder la razón, he aquí también el peligro de este tipo de cine, precisamente si tenemos miedo de no poder controlarlo todo.

Pedimos demasiado a menudo al porno que sea una imagen de lo real. Como si el porno ya no fuera cine. Reprochamos a las actrices, por ejemplo, que finjan el placer. Están ahí para eso, se les paga para eso, han aprendido a hacerlo. No se le pide a Britney Spears que tenga ganas de bailar cada tarde que sale a actuar. A eso es a lo que viene, nosotros pagamos para verlo, cada uno hace su trabajo y nadie se queja al salir diciendo: «yo creo que simulaba». El porno debería decir la verdad. Algo que nunca pedimos al cine, esencialmente una técnica de ilusión.

Le pedimos al porno precisamente lo que nos asusta de él: que diga la verdad sobre nuestros deseos. Yo, yo no sé nada sobre por qué es tan excitante ver a otras personas follando y diciéndose guarradas. El caso es que funciona. Es mecánico. El porno revela crudamente ese otro aspecto de nosotros mismos: el deseo sexual es una mecánica, nada complicada de poner en marcha. Y sin embargo, mi libido es compleja, lo que dice de mí no siempre me agrada, no siempre encaja con lo que a mí me gustaría ser. Pero puedo preferir saberlo, en lugar de esconder la cabeza y decir lo contrario de lo que sé de mí, para preservar una imagen social tranquilizadora.

Los detractores del género se quejan de la pobreza del porno, y pretenden que sólo existe un único tipo de porno. Les gusta hacer circular la idea según la cual este sector no es creativo. Y esto es falso. El sector está dividido en subgéneros distintos: las películas

de 35 mm de los años 70 son diferentes de las películas amateur que aparecen con el vídeo, y éstas son diferentes de las viñetas hechas con teléfonos móviles, con las webcams o de las actuaciones Uve de internet. Porno chic, alt-porn, post-porn, gang bang, gonzo, SM, fetichismo, bondage, uro-scato, películas temáticas —con mujeres maduras, pechos enormes, pies bonitos, culos bonitos—, películas con transexuales, películas gays, películas lesbianas. Cada género porno tiene su propio programa, su historia, su estética. Del mismo modo, el cine porno alemán no gira en torno a las mismas obsesiones que el cine japonés, italiano o estadounidense. Cada parte del mundo tiene sus especificidades pornográficas.

Lo que escribe realmente la historia del porno, lo que la inventa y lo define es la censura. Aquello que prohibimos mostrar es lo que va a marcar cada cine porno, buscando modos interesantes de soslayar los límites.

Con las aberraciones y los contraefectos más o menos alienantes que ello supone: en Francia, las cadenas de televisión privadas definen lo que se puede mostrar o no. Ni escenas de violencia ni de sumisión, por ejemplo. Hacer porno sin pasar por ciertas obligaciones es como patinar sobre hielo sin las cuchillas. Buena suerte... También se prohíbe el uso de objetos: dildos, cinturones-polla. Se prohíbe el porno lesbiano y toda imagen de un hombre siendo penetrado... Con la excusa de proteger la dignidad de las mujeres.

No se sabe muy bien por qué la dignidad de las mujeres se verá especialmente atacada por la utilización de un cinturón-polla. Sabemos que tienen suficientes recursos para comprender que una escena SM no implica que ellas quieran que las azoten cuando lleguen a la oficina, ni que las amordacen cuando friegan los platos. Sin embargo, basta con encender la tele para ver mujeres en posiciones humillantes. Las prohibiciones son las que son y tienen su

justificación política (el SM debe seguir siendo un deporte de élite, el pueblo es incapaz de entender su complejidad, le haría daño). En todo caso, la «dignidad» de la mujer nos viene como anillo al dedo cuando se trata de limitar la expresión sexual...

Las condiciones en las que trabajan las actrices, los contratos aberrantes que firman, la imposibilidad de controlar su imagen cuando abandonan la profesión, o de que les retribuyan cada vez que se utiliza su imagen, esta dimensión cíe su dignidad no interesa a los censuradores. El hecho de que no exista ningún centro de ayuda especializado al que las actrices porno puedan acudir en busca de información sobre las particularidades de su profesión no inquieta en absoluto a los poderes públicos. Hay una dignidad que les preocupa y otra que no interesa a nadie. Pero el porno se hace con carne humana, con la carne de la actriz. Y al final, sólo suscita un único problema moral: la agresividad con la que se trata a las actrices porno.

Estamos hablando aquí de mujeres que deciden ejercer esta profesión cuando tienen entre dieciocho y veinte años. Es decir, durante un período particular de la vida en el que la expresión «consecuencias a largo plazo» tiene menos sentido que el griego clásico. Los hombres maduros no se avergüenzan de seducir a chicas que acaban de salir de la infancia, les parece normal hacerse una paja mirando culos apenas púberes. Es un problema de adultos, eso es asunto suyo, deberían asumir las consecuencias. Por ejemplo, siendo particularmente atentos y amables con las chicas aún jóvenes que aceptan satisfacer sus apetitos. Pues bien, en absoluto: les da rabia que ellas se hayan tomado la libertad de hacer exactamente lo que ellos deseaban ver. Toda la elegancia y la coherencia masculina resumidas en una actitud: «Dame lo que quiero, te lo suplico, para que yo pueda después escupirte en la cara.»

La chica que hace porno lo sabe nada más entrar en la profesión, todo el mundo se lo repite, para que no se haga ilusiones: no habrá reconversión. Decididamente, a las mujeres las queremos sobre todo cuando están en peligro. Marcadas, el colectivo se preocupa de que paguen el precio más alto por haberse apartado del camino recto y por haberlo hecho públicamente.

Yo lo he visto de cerca, al codirigir la película Fóllame con Coralie Trinh-Thi. Que su figura deje a los señores ensimismados, que la recuerden emocionados, por qué no. Pero el empeño con el que después se le niega el derecho de ser capaz de hacer otra cosa que no sea porno es molesto. Si ella era co-directora de la película sólo podía ser porque a mí se me había antojado. Poco importa cuál sea el argumento, la cuestión es que el caso esté cerrado en treinta segundos: ilegítima. No podía ser una criatura sulfurosa y mostrar después invención, inteligencia y creatividad. Los hombres no querían ver al objeto de sus fantasías salir del marco particular en el que lo habían encerrado; las mujeres se sentían amenazadas por su simple presencia, inquietas del efecto que su status provocaba en los hombres. Los unos y las otras se ponían de acuerdo en un punto esencial: había que cerrarle la boca, interrumpirla, impedir que hablara. Incluso en las entrevistas en las que se publicaban sus palabras, éstas se me atribuían a mí. No me centro aquí en algunos casos aislados, sino en reacciones casi sistemáticas. Era necesario hacerla desaparecer del espacio público. Para proteger la libido de los hombres, a quienes les gusta que el objeto de su deseo se quede donde y como debe estar, es decir desencarnado, y sobre todo mudo.

Del mismo modo que resulta crucial para el político encerrar la representación visual del sexo en guetos delimitados, claramente separados del resto de la industria con el fin de recluir el porno en el lumpenproletariado del espectáculo, resulta crucial encerrar a

las actrices porno a través de la condena, la vergüenza y la estigmatización. No es que ellas no sean capaces de hacer nada más que porno, ni que no quieran hacerlo, es que todo está organizado para asegurar que ello no sea posible.

Las chicas que se meten en el sexo pagado y que, siendo autónomas, obtienen un beneficio concreto de su posición de hembras, deben ser castigadas públicamente. Han transgredido, no han jugado el papel ni de la buena madre ni de la buena esposa, y todavía menos el de la mujer respetable —no hay una manera más clara de salirse de esta categoría que haciendo porno—, así que deben ser excluidas de la sociedad.

Es la lucha de clases. Los dirigentes interpelan a las que han querido liberarse, tomar el ascensor social al asalto y obligarlo a ponerse en marcha. El mensaje es político, va de una clase a la otra. La mujer no tiene otra perspectiva de ascenso social que el matrimonio, es necesario que no lo olvide. El equivalente del porno para los hombres es el boxeo. Tienen que demostrar agresividad y arriesgarse a destruir sus propios cuerpos para divertir a los ricos. Pero los boxeadores, incluso los negros, son hombres. Tienen derecho a este margen mínimo de movilidad social. Las mujeres no.

Cuando Valery Giscard d'Estaing prohíbe el porno en los cines, en los años 70, no lo hace respondiendo a una protesta popular —la gente no salió a la calle gritando «no podemos más»— o a un aumento de los problemas sexuales. Lo hace porque las películas por no tienen demasiado éxito: el pueblo llena las salas y descubre la noción de placer. El presidente protege al pueblo francés de sus ganas de ir al cine a ver buenas películas de sexo. A partir de ese momento, el porno será objeto de una censura económica asesina. Ya no habrá posibilidad de realizar películas ambiciosas, de filmar el sexo como se filma el cine bélico, romántico o de gangsters. Se

dibujan así las fronteras del gueto, sin ninguna justificación política. La moral que se protege es la que vela porque los dirigentes sean los únicos que tengan la experiencia de una sexualidad lúdica. El pueblo tiene que estarse quieto, sin duda demasiada lujuria podría interferir en su rendimiento en el trabajo.

No es la pornografía lo que molesta a las élites, sino su democratización. Cuando la revista Le Nouvel Observateur titula —en 2000, a propósito de la prohibición de Fóllame— «Pornografía, el derecho a decir que no», no se trata de prohibir a la gente cultivada el acceso a los escritos de Sade, ni de cerrar las columnas de los periódicos dedicadas a los anuncios para lectores generosos y salaces. Nadie se hubiera extrañado al encontrarse a esos virulentos antiporno en compañía de jóvenes putas o en los clubs de intercambio de parejas. Es el libre acceso a aquello que debe seguir siendo el dominio de unos privilegiados a lo que Le Nouvel Observateur reclama el derecho a decir que no. La pornografía es el sexo puesto en escena, ritualizado. Porque, por un número de magia conceptual que nos sigue resultando opaco, lo que es bueno para unos, léase aquí libertinaje, supondría un peligro para las masas frente al cual hay que protegerlas.

En el discurso antipornográfico nos perdemos rápidamente pero, ¿quién es la víctima? ¿Las mujeres que pierden toda dignidad a partir del momento en el que se comen una polla? ¿O los hombres, demasiado débiles e incapaces de controlar su deseo de ver sexo y de comprender que se trata únicamente de una representación?

La idea según la cual la pornografía se articula únicamente en torno al falo resulta sorprendente. Lo que vemos son, en realidad, cuerpos de mujeres. Y a menudo cuerpos sublimados de mujeres. ¿Hay algo más inquietante que una actriz porno? Ya no estamos en el dominio de la «bunny girl», de la chica de la puerta de al

lado, que no da miedo, que es de fácil acceso. La actriz porno es la liberada, la mujer fatal, la que atrae todas las miradas y provoca forzosamente una inquietud, ya sea ésta deseo o rechazo. ¿Pero por qué nos dan pena estas mujeres que poseen todos los atributos de la bomba sexual?

Tabatha Cash, Coralie Trinh Thi, Karen Lacaume, Rafaela Andercson, Nina Roberts: lo que me ha llamado la atención al estar junto a ellas no es que los hombres las trataran como a una mierda, ni que ellos dominaran la situación. Al contrario, nunca antes había visto a los hombres tan impresionados. Si es verdad, como afirman a gritos, que nada es tan bonito para una mujer como hacer soñar a los hombres, ¿por qué siguen compadeciendo a las actrices porno? ¿Por qué el cuerpo social insiste en hacer de ellas víctimas, cuando en realidad lo tienen todo para ser las mujeres más realizadas en términos de seducción? ¿Qué tabú se ha transgredido aquí que merezca una movilización tan febril?

La respuesta, después de haber visto centenares de películas porno, me parece simple: en las películas, la actriz porno despliega una sexualidad masculina. Para ser más precisa, se comporta exactamente como un marica en un backroom. Tal y como se la representa en las películas, quiere sexo, con cualquiera, quiere que se la metan por todos los agujeros y quiere correrse cada vez. Como un hombre si éste tuviera un cuerpo de mujer.

Si observamos una película porno heterosexual, siempre es el cuerpo femenino el que resulta valorizado, el que es mostrado, es el cuerpo que cuenta para producir un efecto. No se pide lo mismo de un actor porno, se le pide que se empalme, que se agite, que saque su esperma. El espectador de una película porno se identifica sobre todo con la actriz, más que con el protagonista masculino. Del mismo modo que en cualquier otra película nos identificamos

espontáneamente con el personaje valorizado. El porno es también la manera que tienen los hombres de imaginar lo que ellos harían si fueran mujeres, cómo se esforzarían en dar placer a otros hombres, siendo buenas putitas y comiéndose todas las pollas. Se evoca a menudo la frustración de lo real, comparada con la puesta en escena pornográfica, esa realidad en la que los hombres deben follar con mujeres que no se les parecen, o al menos no muy a menudo. En este sentido resulta interesante notar que las mujeres «reales» que acumulan los signos de la feminidad, las que repiten doce veces a lo largo de una conversación que ellas se sienten «tan mujeres», y que participan de una sexualidad compatible con la de los hombres, a menudo son las más viriles. La frustración de lo real es el duelo que los hombres deben realizar si quieren entrar en la heterosexualidad, el duelo de la posibilidad de follar con hombres que tengan atributos externos de mujeres.

El porno, fácilmente denunciado por su capacidad de perturbar la relación que la gente tiene con el sexo, es en realidad un ansiolítico. Por eso lo atacamos con virulencia. Es importante que la sexualidad nos dé miedo. En la película porno sabemos que la gente va a «hacerlo», esta posibilidad no nos inquieta, mientras que sí lo hace en la vida real. Follar con alguien desconocido da siempre un poco de miedo, a menos que se esté muy borracho. Es incluso una de las cosas más interesantes del asunto. En el porno sabemos que los hombres se empalman, que las mujeres se corren. No podemos vivir en una sociedad espectacular invadida por representaciones de seducción, de flirteo, de sexo, y no ser capaces de entender que el porno es un espació de seguridad. No estamos dentro de la acción, podemos ver cómo otros los hacen, cómo saben hacerlo, con la mayor tranquilidad. Aquí, las mujeres están contentas del servicio que se les ha ofrecido, los hombres la tienen dura y eyaculan, todo el mundo habla el mismo lenguaje, por una vez, todo sale bien.

¿Por que el porno es el dominio exclusivo de los hombres? ¿Por qué, si el porno es una industria que tiene tan sólo treinta años, son ellos los principales beneficiarios económicos? La respuesta es la misma en todas las situaciones: el poder y el dinero resultan desvalorizantes para las mujeres que los poseen. No debe ejercerse u obtenerse si no es a través de la colaboración masculina: sé elegida como esposa y te aprovecharas de las ventajas de tu compañero.

Sólo los hombres imaginan el porno, lo ponen en escena, lo miran y sacan provecho; así el deseo femenino se ve sometido a la misma distorsión: debe pasar por la mirada masculina. Lentamente nos acostumbramos a la idea de un orgasmo femenino. Hasta hace poco tabú e impensable, el orgasmo femenino aparece en el lenguaje cotidiano a partir de los años setenta. Rápidamente, se vuelve doblemente contra las mujeres. Primero, haciéndonos comprender que hemos fallado si no logramos gozar. La frigidez se ha vuelto casi un signo de impotencia. La anorgasmia femenina no es sin embargo comparable a la impotencia masculina: una mujer frígida no es una mujer estéril. Ni una mujer amputada de su sensualidad. Pero, en lugar de ser una posibilidad, el orgasmo se ha vuelto un imperativo. Es necesario sentirse siempre incapaz de algo... Y segundo, porque los hombres se han apropiado rápidamente de este orgasmo femenino: la mujer debe gozar a través de ellos. La masturbación femenina continúa siendo objeto de desprecio, como si fuera algo anexo. El orgasmo al que debemos llegar es el que nos procura el macho. El hombre debe «saber cómo hacerlo.» Como en La Bella durmiente del bosque, se tumba sobre la princesa y le hace ver las estrellas.

Las mujeres escuchan el mensaje y, como siempre, se toman apecho no ofender al sexo susceptible. En 2006, escuchamos a chicas aún muy jóvenes decir que esperan que un hombre les haga gozar. Así todo el mundo está molesto: los chicos que se preguntan

cómo van a hacerlo, las chicas, frustradas porque ellos no conocen mejor que ellas mismas sus propias anatomías y sus dominios fantasmáticos.

En cuanto a La masturbación femenina, basta con hablar con la gente que te rodea: «eso no me interesa sola», «lo hago solamente cuando no tongo novio durante mucho tiempo», «yo no lo hago, no me gusta.» No sé qué es lo que hacen todas ellas en su tiempo libre, pero en todo caso, si es cierto que no se masturban, entonces resulta comprensible que no tengan ningún interés en las películas porno cuyas vocaciones, por otra parte, no son diversas. Una película porno está hecha para masturbarse. Sé que lo que hacen todas esas chicas solas con sus clítoris no es asunto mío, pero su indiferencia frente a la masturbación me perturba: ¿Cuándo se conectan las mujeres con sus propias fantasías, si no se tocan cuando están solas? ¿Saben lo que les excita realmente? ¿Y si no se sabe eso sobre una misma, qué se sabe exactamente de sí? ¿Cuál es el contacto que una establee consigo misma cuando su sexo está sistemáticamente bajo el poder del otro?

Queremos ser mujeres decentes. Si la fantasía aparece como un problema, impura y despreciable, la reprimimos. Nimias modelo, angelitos del hogar y buenas madres, construidas para el bien del prójimo, pero no para conocer nuestro interior. Estamos formateadas para evitar entrar en contacto con nuestro propio lado salvaje. Antes que nada, tenemos que adaptarnos, a las conveniencias, pensar primero en la satisfacción del otro. Nuestras sexualidades nos ponen en peligro, reconocerlas es quizás experimentarlas y toda experiencia sexual para una mujer conduce a su exclusión del grupo.

El deseo femenino estuvo silenciado hasta los años cincuenta. La primera vez que las mujeres se reúnen masivamente y se expresan:

«Tenemos deseos, estamos atravesadas por pasiones brutales, inexplicables, nuestros clítoris son como pollas, buscan satisfacción». Esto sucede en los primeros conciertos de rock. Los Beatles se ven obligados a dejar de actuar: las mujeres se ruborizan con cada nota, sus gritos ahogan el sonido de la música.

Rápidamente aparece el desprecio. La histeria de la groupie. Nadie quiere oír lo que ellas han venido a decir, que están ardientes y llenas de deseo. Se oculta este fenómeno clave. Los hombres no quieren saber nada de él. El deseo es su dominio, en exclusiva. Resulta impresionante pensar que despreciamos a una chica que grita de deseo cuando John Lennon toca la guitarra, mientras que nos parece gallardo que un viejo le silbe a una adolescente en falda. Por un lado, existe un apetito sexual que es indicador de buena salud, sobre el que la colectividad se pone de acuerdo, que se ve favorecido, y por el que se muestra bondad y comprensión. Y por otro lado, un apetito forzosamente grotesco, monstruoso, que provoca la risa y que debe ser reprimido. La explicación psicológica popular que se emplea para pensar la ninfomanía, según la cual las ninfómanas multiplican sus relaciones sexuales porque no pueden sentir satisfacción sexual, es un ejemplo patente de desprecio. Así se extiende la idea según la cual la multiplicación de conquistas es un índice de frustración femenina. Cuando, en realidad, es una teoría que se ajustaría mejor a los hombres, frustrados por la pobreza de su sensualidad y orgasmos. Son los hombres los que sobrevaloran y subliman el cuerpo femenino y quienes, incapaces de obtener el placer esperado, acumulan las conquistas con la esperanza de sentir, un día, algo que se parezca a un verdadero orgasmo. Una vez más, aquello que es fundamentalmente cierto en el caso de los hombres es desplazado para estigmatizar la sexualidad femenina.

Cuando París Hilton se pasa de la raya, se presenta a cuatro patas y aprovecha la difusión de la imagen para hacerse mundialmente

famosa, entendemos algo importante- ella pertenece a su clase social, antes de pertenecer a su sexo. Así, en el plato de televisión del programa francés «Nulle Part Ailleurs», frente al cómico de origen popular Jamel Debouze, sucede una escena interesante. El joven cómico busca inmediatamente el modo de reasignarla, de ponerla en su lugar de mujer caída: «Tú, yo te conozco, te he visto, te he visto por internet». El habla en nombre de su sexo, cuenta con su superioridad intrínseca para ponerla en una posición delicada. Pero París Hilton no es una actriz porno local, antes de ser la chica a la que le hemos visto el coño, es la heredera de los hoteles Hilton. Para ella, resulta impensable que un hombre de clase social inferior la ponga en peligro, ni siquiera un segundo. Ni se inmuta, apenas le mira. Cero desestabilizada. No porque tenga un carácter especial. Simplemente nos indica a todos que ella puede permitirse el lujo de follar delante de todo el mundo. Pertenece a esta casta que tiene históricamente el derecho al escándalo, a no adecuarse a las reglas que se aplican al pueblo. Antes de ser una mujer, sometida a la mirada del hombre, es una dominante social, con capacidad para acallar el juicio de los menos privilegiados.

Así comprendemos que la única manera de hacer explotar el sacrificio ritualizado del porno será hacer entrar en él a las chicas de las buenas familias. Lo que explora cuando estallan las censuras impuestas por los diligentes es un orden moral fundado sobre la explotación de todos. La familia, la virilidad guerrillera, el pudor, todos los valores tradicionales intentan asignar cada sexo a su rol. Los hombres como cadáveres gratuitos para el Estado, las mujeres como esclavas de los hombres. Al final, todos subyugados, nuestras sexualidades confiscadas, sometidas a la vigilancia policial, normalizadas. Siempre hay una clase social a la que le interesa que las cosas sigan siendo como son y que no dice la verdad sobre sus motivaciones profundas.

«EFECTIVAMENTE, EN NUESTROS DÍAS EL HOMBRE REPRESENTA EL POSITIVO Y EL NEUTRO, ES DECIR, EL MACHO Y EL SER HUMANO, MIENTRAS QUE LAS MUJERES SÓLO EL NEGATIVO, LA HEMBRA. CADA VEZ QUE LA MUJER SE CONDUCE COMO UN SER HUMANO, SE DICE QUE SE IDENTIFICA CON EL VARÓN. SUS ACTIVIDADES DEPORTIVAS, POLÍTICAS, INTELECTUALES, EL DESEO QUE SIENTE POR OTRAS MUJERES, SE INTERPRETA COMO UNA "PROTESTA VIRIL"; NO SE QUIEREN TENER EN CUENTA LOS VALORES HACIA LOS QUE ELLA SE TRASCIENDE, LO QUE LLEVA EVIDENTEMENTE A CONSIDERAR QUE HA ELEGIDO LA OPCIÓN INAUTÉNTICA DE UNA ACTITUD SUBJETIVA. EL GRAN MALENTENDIDO SOBRE EL QUE DESCANSA ESTE SISTEMA DE INTERPRETACIÓN ES QUE SE ADMITE QUE ES NATURAL PARA EL SER HUMANO HEMBRA CONVERTIRSE EN UNA MUJER FEMENINA: NO BASTA CON SER HETEROSEXUAL, NI SIQUIERA SER MADRE, PARA REALIZAR ESTA IDEA. LA "MUJER, MUJER" ES UN PRODUCTO ARTIFICIAL QUE FABRICA LA CIVILIZACIÓN COMO ANTES SE FABRICABAN CASTRADOS; SUS SUPUESTOS "INSTINTOS" DE COQUETERÍA, DE DOCILIDAD, SE INSUFLAN COMO AL HOMBRE EL ORGULLO FÁLICO; ÉL NO SIEMPRE ACEPTA SU VOCACIÓN VIRIL ELLA TIENE BUENAS RAZONES PARA ACEPTAR MENOS DÓCILMENTE TODAVÍA LA QUE SE LE HA ASIGNADO.»

SIMONE DE BEAUVOIR, EL SEGUNDO SEXO, 1949.

KING KONG GIRL

La versión de King Kong realizada por Peter Jackson en 2005 comienza a principios del siglo pasado. Al mismo tiempo que se construye la América industrial, moderna, y se dice adiós a las antiguas formas de diversión, al teatro burlesco, a la compañía solidaria, uno se prepara para formas de entretenimiento y de control modernas: el cine y el porno.

Un director de teatro megalómano y mentiroso, un hombre de cine, hace subir a una mujer rubia a un barco. Ella es la única mujer a bordo. La isla que les interesa se llama Skull Island. No existe en los mapas, porque nadie que haya ido ha vuelto jamás. Pueblos primitivos, criaturas fetales, niñas con cabelleras negras y enmarañadas, viejas amenazantes, desdentadas, gritan bajo una lluvia diluviana.

Raptan a la rubia para ofrecérsela a King Kong. La atan; una vieja le pone un collar antes de dejarla a merced del simio gigante. Los humanos que la precedieron, ataviados con ese mismo collar, fueron devorados, como si fueran tapitas. Este King Kong no tiene ni polla, ni cojones, ni tetas. Ninguna escena nos permite atribuirle un género. No es ni un macho ni una hembra. Es simplemente peludo

y negro. Herbívoro y contemplativo, se trata de una criatura con sentido del humor, y hace gala de una gran potencia. Entre Kong y la rubia, no hay ninguna escena de seducción erótica. La bella y la bestia se acostumbran el uno al otro y se protegen, son sensualmente tiernos el uno con el otro. Pero de un modo no sexual.

La isla está poblada de criaturas que no son ni masculinas ni femeninas: orugas monstruosas, con tentáculos viscosos y penetrantes, pero húmedos y rosados como pollas, que se abren para volverse vaginas dentadas que se comen las cabezas de los miembros de la tripulación... Otras hacen referencia a una iconografía más marcada en términos de género, pero dependen del dominio de la sexualidad polimorfa: arañas velludas y brontosaurios grises todos iguales, semejantes a una horda de torpes espermatozoides...

King Kong funciona aquí como una metáfora de una sexualidad anterior a la distinción entre los géneros tal y como se impuso políticamente hacia finales del siglo XIX. King Kong está más allá de la hembra y más allá del macho. Es la bisagra entre el hombre y el animal, entre el adulto y el animal, entre el bueno y el malo, lo primitivo y lo civilizado, el blanco y el negro. Híbrido, anterior a la obligación de lo binario. La isla de la película es la posibilidad de una forma de sexualidad polimorfa e hiperpotente. Eso es precisamente lo que el cine quiere capturar, exhibir, desnaturalizar y finalmente exterminar. Cuando el hombre viene a buscarla, la mujer duda en seguirle. El quiere salvarla, llevarla a la ciudad, a la heterosexualidad hipernormativa. La bella sabe que está segura junto a King Kong. Pero sabe también que será necesario abandonar su larga y segura palma de la mano para ir adonde están los hombres y poder arreglárselas a solas. Decide seguir al que la ha venido a buscar; sacarla de la seguridad para llevarla a la ciudad, donde ella se verá amenazada por todas partes. Escena a cámara lenta, primer plano sobre los ojos de la rubia: ella comprende que

ha sido utilizada. Que ha servido para capturar al animal. A la animal. Que ha traicionado a su aliada, a su protectora. Con la que tenía afinidades. Su elección de la heterosexualidad y de la vida en la ciudad, es la elección de sacrificar lo que en ella había de hirsuto, de potente, lo que ríe en ella golpeándose el pecho. Lo que reina en la isla. Pero algo debía ofrecerse como sacrificio.

A continuación encadenan a King Kong, y lo exhiben en Nueva York. Es necesario que la fiera aterrorice a las masas, pero que las cadenas sean sólidas, que las masas puedan ser también de ese modo domesticadas, como en la pornografía. Queremos tocar de cerca lo bestial, temblar, pero no queremos daños colaterales. Habrá daños, porque la bestia escapa al dominio del que la muestra, como en el espectáculo. No es la recuperación del sexo o de la violencia lo que hoy causa problemas, sino lo contrario, la imposibilidad de recuperar las nociones de las que nos servimos en el espectáculo: la representación no puede domesticar ni a la violencia ni al sexo.

En la ciudad, King Kong arrasa con todo a su paso. Destruye rápidamente la civilización que veíamos en construcción al principio de la película. Esta fuerza que no hemos querido ni domesticar, ni respetar, ni tampoco dejarla donde estaba, es excesivamente grande para la ciudad que aplasta simplemente al caminar. Con una gran tranquilidad, la bestia busca a su rubia en una escena que no es erótica, sino que hace referencia a la infancia: te agarro de la mano y patinamos juntos, como en un vals. Y tú te ríes como un niño montado en un tiovivo encantado. Aquí no hay seducción erótica, sino una relación sensual evidente, lúdica, en la que la fuerza no cristaliza en dominación. King Kong o el caos anterior a los géneros.

Después los hombres en uniforme, la política, el Estado, intervienen

para matar a la bestia. Subirse a lo más alto de los edificios, batirse con los aviones que son como mosquitos. Es su número lo que permite matar a la bestia. Y dejar a la rubia sola, lista para casarse con el héroe.

El director de cine, con los ojos desorbitados frente al cuerpo del animal fotografiado como un trofeo: «Los aviones no tienen la culpa. Es la bella la que ha matado a la bestia.»

Palabra de director: mentira. La bella no ha elegido matar a la bestia. La bella se niega a participar en el espectáculo. Fue a buscarla en cuanto supo que se había escapado, se ha divertido sobre su mano mientras se deslizaban sobre el agua helada del parque, la ha seguido hasta la cumbre donde la han matado. Y después, la bella ha ido detrás de su chulo. La bella no ha podido impedir que los hombres trajeran a la bestia, ni que la mataran. Se deja proteger por el más deseante, el más fuerte, el más adaptado. Se ha distanciado de su potencia fundamental. Ése es nuestro mundo moderno.

Cuando llego a París en el 93 apenas llevo accesorios de la feminidad, sólo aquellos que tienen una utilidad profesional. A partir del momento en que decido dejar de follar por dinero, me visto con un anorak, vaqueros, zapatos planos y casi sin maquillaje. El punk-rock es un ejercicio a través del cual se dinamitan los códigos establecidos, especialmente los de género. Aunque sólo sea porque nos alejamos, físicamente, de los criterios de la belleza tradicional. Cuando me internan en un psiquiátrico, a los quince años, el psiquiatra me pregunta por qué me empeño en afearme hasta ese punto. Me alucina que tenga el morro de preguntarme eso, cuando yo, con mi cresta roja, mis labios pintados de negro, mis medias blancas de rejilla y mis botas militares me encuentro superchic. Insiste: ¿acaso tengo miedo de ser fea? Me dice que

tengo los ojos bonitos. Yo ni siquiera entiendo de qué diablos me habla. ¿Acaso él se siente sexy con su traje de chaqueta de mierda y con cuatro pelos de sobra en el cráneo? Ser punkarra implica forzosamente reinventar la feminidad porque se trata de estar en la calle, mendigar, vomitar cerveza, esnifar cola hasta caerse al suelo, que te atrape la policía, bailar el pogo, beber por un tubo, aprender a tocar la guitarra, llevar la cabeza rapada, llegar todos los días a casa en pedo, saltar como una loca en los conciertos, cantar en el coche a gritos himnos supermasculinos con las ventanillas bajadas, saber qué pasa en el fútbol, ir a las manifestaciones con pasamontañas y lista para darse de hostias... Y todo el mundo te deja en paz. Habría incluso bastantes tíos que piensan que es estupendo, capaces de ser buenos colegas y de no intentar darte lecciones. He aquí el concepto punk, no hacer lo que te dicen que hagas. Con la policía pasa lo mismo que con el psiquiatra: en la comisaría, un inspector sentimental me dice que soy más guapa de lo que creo, que por qué llevo la vida que llevo. Esa me la van a jugar a menudo. Aunque yo no me quejo de nada, ni a nadie. Sé guapa: ¿de qué me serviría eso si no me siento superdotada en el tema y mis estrategias para compensar funcionan mejor de lo que hubiera podido esperar? Yo era amable con los chicos y, en general, ellos también lo eran conmigo. En Lyon, me corto el pelo supercorto, la gente me llama «señor» en las panaderías o en los kioscos, y a mí me da totalmente igual. Los comentarios son escasos —«deja de fumar como un tío»—, la mayor parte de las veces, en la cultura underground, privilegiada y al margen, no me dan la vara. Se debe notar que yo estoy bien como estoy. El punk-rock es mi casa. Pero eso no dura mucho.

En el 93 publico Fóllame. La primera crítica aparece en Polar. Una revista de tíos. Tres páginas. Para reasignarme. Lo que molesta al tío no es, según sus criterios, que el libro no sea bueno. En realidad, ni siquiera habla del libro. Lo que le interesa es que soy una

chica que escribe sobre chicas como ésas, como yo. Y sin hacerme preguntas —puesto que es un hombre y según él debe tener derecho, evidentemente, a decirme lo que puedo permitirme según su definición de decoro— me lo viene a explicar, ese desconocido, y a decírmelo públicamente: yo no debo hacer eso. Pasa totalmente del libro. Lo que cuenta es mi sexo. Pasa de quién soy, de dónde vengo, de lo que me conviene, de quién va a leerme, de la cultura punk-rock. Papi interviene, con las tijeras, para corregírmela, para cortarme mi polla mental, porque de las chicas como yo hay que ocuparse. Y de paso cita a Renoir: «las películas deberían estar hechas por chicas bonitas que muestran cosas bonitas.» Eso al menos me dará una idea para un título[5]. En ese momento, me parece tan grotesco que me hace reír. Pero después cambio de tono, me doy cuenta de que me dan palos por todos lados y que eso es lo único que les interesa: que yo sea una chica, una chica, una chica. Tengo un coño pegado en la cara. No me había confrontado todavía con el mundo de los adultos y menos aún con el de los adultos normales, así que al principio me sorprendo de cuántos saben distinguir entre lo que debe hacer y no debe hacer una chica en la ciudad.

Cuando te vuelves una chica pública, te dan palos por todos lados, de una manera muy particular. Pero no hay que quejarse porque está mal visto. Hay que tener buen humor, tomárselo con distancia y tener un buen par de cojones para aguantarlo. Todas esas discusiones para saber si yo tenía o no derecho a decir lo que decía. Una mujer. Mi sexo. Mi cuerpo. En todos los artículos, más bien de forma amable, por cierto.

No, no se describe a un autor como se describe a una mujer. Nadie cree necesario decir que Houellebecq es guapo. De ser una mujer,

---

5 La autora se refiere aquí a su libro *Les jolies choses,* las cosas bonitas, traducido en castellano como Lo bueno de verdad, Barcelona, 1997. *(N. de la t.)*

y si a un número igual de hombres les hubieran gustado sus libros, habrían escrito sobre él que era guapa. O fea. Pero habríamos sabido lo que piensan sobre el tema. Y habrían intentado, en nueve de cada diez artículos, cantarle las cuarenta y explicarle, en detalle, por qué este hombre era tan desgraciado sexualmente. Le habrían dicho que era culpa suya, que no hacía las cosas correctamente, que no podía quejarse de nada. Y de paso, se hubieran reído de él: ¿Pero has visto la cara que tienes? Habrían sido extraordinariamente violentos con él si, como mujer, hubiera dicho sobre el sexo y el amor con los hombres lo que él dice sobre el sexo y el amor con las mujeres. Con el mismo talento, no hubiera habido el mismo trato. No querer a las mujeres, cuando se es hombre, es una actitud. No querer a los hombres, cuando se es mujer, es una patología. ¿Una mujer no muy seductora que se quejara de que los hombres no fueran capaces de darle un orgasmo? Nos tocaría oír hablar de su cuerpo, y de su familia, de sus complejos, de sus problemas. No es casual que todas las marujas o casi todas, a partir de una cierta edad, intenten no hacerse notar demasiado. Que no nos cuenten que es una cuestión de carácter o de naturaleza, que a nosotras no nos gusta provocar y que lo nuestro es la casa y los niños. No hay más que darse cuenta de la que nos cae encima en cuanto hacemos algo. Ni siquiera al más loco de los tíos del hip-hop le tratan tan mal como a una mujer. Y sin embargo, ya sabernos lo que los blancos piensan de los negros. No hay nada peor que ser una mujer juzgada por los hombres. Valen todos los golpes, empezando por los más bajos. No somos ni siquiera extranjeras: nos ponen subtítulos todo el tiempo, como si no supiéramos lo que tenemos que decir. No lo sabemos tan bien como los machos dominantes, habituados como están desde hace siglos a escribir libros sobre la cuestión de nuestra feminidad y sobre sus implicaciones.

Es en esta época cuando descubro, con consternación, que cualquier huevón dotado de una pija se cree con derecho a hablar en

nombre de todos los hombres, de la virilidad, de los pueblos guerreros, de los señores, de los dominantes y, en consecuencia, se cree con derecho a darme lecciones de feminidad. Da igual si el tío mide uno cincuenta, es más ancho que largo, y nunca, ni en nada, haya demostrado su masculinidad. Es un tío. Y yo… yo soy del otro sexo. No soy la única a la que le espanta que la pongan sistemáticamente en su lugar de hembra. Sólo me comparan con otras mujeres. Marie Darrieussecq, Amélie Nothomb, Lorente Nobécourt, poco importa, con tal de que tengamos la misma edad. Y sobre todo, que seamos del mismo sexo. Como mujer, me toca tomarme una ración doble de condescendencia, vejaciones suplementarias y llamadas al orden. Mis amistades. Mis salidas. Mis gastos. Dónde vivo. Bajo vigilancia. De todo tipo. Una chica.

Después viene la película. La prohibición. La verdadera censura, evidentemente, no pasa por los textos legales. Es más bien un consejo que te dan. Y se aseguran de que te enteres bien. Hay que impedir que tres actrices porno y una ex puta hagan una película sobre la violación. Incluso si se trata de un pequeño presupuesto, de una película de género, incluso si es una parodia. Es importante. Cualquiera diría que estamos amenazando la seguridad del Estado. No se puede hacer una película sobre una violación colectiva en la que las víctimas no lloriqueen en el hombro de los tíos que las vengarán. Eso no. Consenso unánime de la prensa: su famoso derecho a decir que no. Nos representan a mí y a las otras tres chicas de la película como si no quisiéramos otra cosa que ganar dinero. Evidentemente. No es necesario ver la película para saber lo que hay que pensar. Si las chicas hablan de sexo, es para robarles el dinero a los hombres honestos. Putas. Porque si no, seguro, habríamos hecho una película con praderas y perritos saltarines, una película con mujeres preocupadas por seducir a los hombres. O no hubiéramos ni siquiera hecho la película, no nos hubiéramos movido de nuestro sitio. Putas, forzosamente. El

cuerpo de Karen, en primera página. Normal. Putas. Cualquiera tiene derecho a vender periódicos gracias a su vientre porque ella lo había querido enseñar. Putas. Y la ministra de cultura, una mujer, esa izquierda que se dice sutil, declara que una artista debería sentirse responsable de lo que muestra. No son los hombres los que deberían sentirse responsables cuando se ponen de acuerdo entre tres para violar a una chica. No son los hombres los que deberían sentirse responsables cuando se van de putas pero no votan las leyes necesarias para que ellas puedan trabajar tranquilamente. No es la sociedad la que debería sentirse responsable cuando vemos en todas las películas a las mujeres haciendo los papeles de las víctimas más atroces. Somos nosotras las que debemos sentirnos responsables. De lo que nos sucede, de negarnos a palmarla, de querer vivir para contarlo. De abrir la boca. Ya conocemos esta cantinela, la que dice que tienes que sentirte culpable de lo que te sucede. En la revista Elle, una imbécil cualquiera, al reseñar otro libro sobre la violación, sin ninguna relación con el mío, subraya la dignidad de su argumento, sintiéndose obligada a oponerlo a los «aullidos» que yo profiero. Como víctima, no soy lo suficientemente silenciosa. Merece la pena señalarlo en una revista femenina, es un consejo a las lectoras: la violación, de acuerdo, es algo triste, pero limiten los aullidos, señoras. No son lo suficientemente dignos. Que te den por el culo. En la revista París Match, el mismo método, para decirle a la hija de Montand, cuando habla de las caricias de su padre, que es mejor que se calle; otra imbécil subraya el estilo de Marilyn Monroe, que ha sabido ser una buena víctima. Léase: dulce, sexy, con la boquita cerrada. Ella sabía tenerla cerrada, mientras pasaba de mano en mano a cuatro patas en las orgías más cutres. Consejo de mujeres, entre ellas. La llave maestra. Guarden sus heridas, señoras, porque podrían molestar al torturador. Hay que ser una víctima digna. Es decir, que se sepa callar. La palabra les ha sido siempre confiscada. Peligrosa, ya lo hemos entendido. ¿A quién podría quitarle el sueño?

¿Cuál es la ventaja que sacamos de nuestra situación que hace que merezca la pena que colaboremos tan activamente? ¿Por qué las madres animan a los niños a hacer ruido mientras enseñan a las niñas a callarse? ¿Por qué seguimos valorizando al hijo que se hace notar mientras que nos da vergüenza que una chica se salga del tiesto? ¿Por qué enseñamos a las niñas la docilidad, la coquetería y el disimulo, mientras que decimos a los niños que deben ser exigentes, que el mundo es suyo, que deben tomar decisiones y elegir? ¿Qué hay de bueno en el modo en el que las cosas suceden que haga que nos compense a las mujeres suavizar los golpes que damos?

Son aquellas de entre nosotras que ocupan las mejores posiciones las que han firmado una alianza con los más poderosos. Son las más capaces de callarse cuando se las engaña, de aguantar cuando se mofan de ellas, de adular el ego de los hombres. Las más capaces de adaptarse a la dominación masculina son evidentemente aquellas que ocupan los mejores puestos, ya que siguen siendo ellos los que aceptan o no a las mujeres en posiciones de poder. Las más coquetas, las más bellas, las que se muestran más amables con los hombres. Las mujeres que se expresan son aquellas que saben acomodarse a ellos. Preferiblemente, aquellas para quienes el feminismo es una causa secundaria, un lujo. Las que no se rompen la cabeza con la cuestión. Y más bien las mujeres más presentables, puesto que nuestra cualidad primordial sigue siendo ser agradables. Las mujeres de poder son las aliadas de los hombres, aquellas de entre nosotras que saben mejor doblar la rodilla y sonreír bajo la dominación. Las que hacen como si eso no doliera. A las otras, a las furiosas, las feas, las bocazas, se las asfixia, se las aleja, se las extermina. Persona non grata para la flor y nata.

A mi me gusta Josée Dayan. Ronroneo de placer cada vez que la veo en la tele. Porque excepto ella, todas las demás, las novelistas,

las periodistas, las deportistas, las cantantes, las presidentas de empresas, las productoras, todas las señoras sienten la obligación de ponerse un escote, un par de pendientes, de pasar por la peluquería, de dar fe de su feminidad y garantía de docilidad.

Ya conocemos el síndrome del rehén que se identifica con su carcelero. Así es como acabamos vigilándonos las unas a las otras, juzgándonos a través de los ojos del que nos encierra con doble cerrojo.

En la treintena, cuando dejé de beber, fui a diferentes psicoanalistas, sanadores, magos, ninguno de ellos tenía demasiado que ver con el otro. Excepto porque todos esos hombres, varias veces, me dijeron: «Sería necesario que se reconciliara con su feminidad.» Yo siempre respondía lo mismo, espontáneamente: «Sí, no tengo hijos, pero...» y siempre me interrumpían para decirme que no era cuestión de maternidad. Se trataba de mi feminidad. ¿Pero qué quieren decir con eso? Nunca me han dado una respuesta clara. Mi feminidad... no estoy en contra, si además me lo dicen varias veces, con mucha convicción y con una bondad evidente. Así que intenté comprender, sinceramente, qué es lo que me faltaba. Me parecía que lo había dicho todo, que no intentaba ser más esto que aquello, que me dejaba llevar sin reservas. La feminidad, de qué se trataba... Las circunstancias en las que yo visitaba a esos terapeutas eran privilegiadas, yo era más bien dulce y tranquila. No soy una bestia a tiempo completo. Soy más bien tímida, reservada, desde que dejé de beber no se puede decir que haga mucho ruido, en general. Es verdad que a veces se me cruzan los cables y estallo. Y de una forma no particularmente femenina, lo confirmo, pero por casualidad, de una manera bastante eficaz. Pero ellos no me hablaban ni de agitación ni de agresividad, sino de «feminidad». Sin entrar en detalles. Me comí la cabeza. ¿Se trataba de ser menos imponente, de dar más seguridad, de ser accesible, quizás? Bueno,

eso, incluso intentándolo, va a ser difícil. Al final, ser la chica que ha hecho Fóllame es una broma. A veces, es fácil, me siento como Bruce Lee. Cuando él contaba en las entrevistas cómo los tíos venían a darle una palmadita en la espalda para provocar un duelo. Querían probar a todo el vecindario que eran tan fuertes que se habían peleado con Bruce Lee. En mi caso, son los casposos de polla pequeña del barrio los que se sienten obligados a desafiarme, para mostrar a sus amigos que han tenido el valor de ponerme en mi sitio. No voy a entrar en detalles, ni a describir qué es lo que ocurre cuando estos tíos en cuestión entienden que todas las chicas que a ellos les gustaría tirarse prefieren acostarse conmigo. Eso les pone superagresivos. ¿Qué puedo hacer si son tan sexys como un viejo R-6 oxidado? Seguramente se imaginan que si yo no existiera ellos la tendrían más grande. No merece la pena darle vueltas. De todos modos, ya se trate de mí o de cualquier otra, desde este punto de vista, es lo mismo: nunca es suficiente. Hagas lo que hagas, siempre resulta demasiado para un necio local que se siente obligado a intervenir e intentar devolverte al redil.

Cuanto más escasa es la virilidad de un tipo, más atento está a lo que hacen las mujeres. Y al contrario, cuanta más seguridad tiene un hombre mejor soporta la diversidad de actitudes de las mujeres y su masculinidad. Por eso nunca se nos llama al orden de una manera tan severa y estricta como en el territorio de las clases pudientes: allí donde la masculinidad no está garantizada para los hombres, se pide a las féminas que jueguen el juego de la hipersumisa.

Cuando, en la tele, consternados, pasan una y otra vez imágenes de «Happy slapping», un chico que le da una hostia a una chica que mide dos cabezas menos que él y pesa quince quilos menos, y se hace filmar por un amigo para después hacerse el chulito delante de otros tíos, nos las muestran para decirnos: «Estos musulmanes

hijos de padres polígamos, no respetan a las mujeres, es insoportable». Pero eso es exactamente lo que vosotros hacéis en un tercio de la literatura blanca masculina. Contáis cómo os aprovecháis de vuestro estatuto de dominantes para abusar de chavalitas que elegís entre las más débiles, contáis cómo las engañáis, las jodéis, las humilláis, para que os admiren vuestros colegas. Un triunfo a buen precio. Sería mucho más gracioso si el chaval del móvil le fuera a romper la cara a un tío que fuera el doble de alto que él; sería mucho más gracioso si os diera por incordiar a los tíos más feroces del grupo, o a las mujeres más ariscas. Pero eso no es lo que os motiva. El triunfo barato, la fuerza de los débiles. Mirad lo que les hacen a las chicas en un tercio de la producción cinematográfica blanca contemporánea. Triunfo de cobardes. Y es que hace falta reconfortar a los hombres. De eso se trata. Después de unos años de buena, leal y sincera investigación he acabado llegando a esta conclusión.

La feminidad: puta hipocresía. El arte de ser servil. Podemos llamarlo seducción y hacer de ello un asunto de glamour. Pero en pocos casos se trata de un deporte de alto nivel. En general, se trata simplemente de acostumbrarse a comportarse como alguien inferior. Entrar en una habitación, mirar a ver si hay hombres, querer gustarles. No hablar demasiado alto. No expresarse en un tono demasiado categórico. No sentarse con las piernas abiertas. No expresarse en un tono autoritario. No hablar de dinero. No querer tomar el poder. No querer ocupar un puesto de autoridad. No buscar el prestigio. No reírse demasiado fuerte. No ser demasiado graciosa. Gustar a los hombres es un arte complicado, que exige que borremos todo aquello que tiene que ver con el dominio de la potencia. Entre tanto, los hombres, en todo caso los de mi edad, no tienen cuerpo. Ni edad, ni corpulencia. Cualquier huevón con la cara roja por el alcohol, calvo, con barriga y un look de mierda podrá permitirse hacer comentarios sobre la apariencia tísica de las chicas, comentarios desagradables si es que no las encuentra

suficientemente arregladas u observaciones asquerosas si es que le da rabia no podérselas tirar. Esas son las ventajas de su sexo. Los hombres quieren hacer pasar la excitación más patética como si fuera algo simpático y pulsional. Pero no hay muchos Bukowskis, la mayoría de las veces, se trata simplemente de un paleto cualquiera. Sería como si yo, por tener una vagina, me creyera tan cañón como Greta Garbo. Estar acomplejada, he aquí algo femenino. Eclipsada. Escuchar bien lo que te dicen. No brillar por tu inteligencia. Tener la cultura justa como para poder entender lo que un guaperas tiene que contarte. Charlar es femenino.

Todo lo que no deja huella. Todo lo doméstico se vuelve a hacer cada día, no lleva nombre. Ni los grandes discursos, ni los grandes libros, ni las grandes cosas. Las cosas pequeñas. Las monadas. Femeninas. Pero beber: viril. Tener amigos: viril. Hacer el payaso: viril. Ganar mucha pasta: viril. Tener un coche enorme: viril. Andar como te dé la gana: viril. Querer follar con mucha gente: viril. Responder con brutalidad a algo que te amenaza: viril. No perder el tiempo en arreglarse por las mañanas: viril. Llevar ropa práctica: viril. Todo, las cosas divertidas son viriles, todo lo que hace que ganes terreno es viril. Eso no ha cambiado tanto en cuarenta años. El único avance significativo es que ahora nosotras podemos mantenerles. Porque el trabajo alimenticio es demasiado exigente para los hombres, que son artistas, pensadores, personajes complejos y terriblemente fáciles. El salario mínimo es más bien una cosa de mujeres. Evidentemente, en contrapartida, habrá que entender que ser unos mantenidos les puede transformar en tipos violentos o desagradables. Porque no es fácil, cuando se pertenece a la raza de los grandes cazadores, no ser el que trae la comida a casa. Los hombres, qué guay, nos pasamos la vida comprendiéndolos. Porque la extraordinaria desesperación también tiene sexo, el nuestro, nuestra práctica es el gemido quejica.

No digo que ser una mujer sea en sí mismo una obligación horrible. Las hay que lo hacen muy bien. Lo que resulta degradante es el hecho de que sea una obligación. Evidentemente, las grandes seductoras son, cuando se trata de divinidades locales, las reinas del mambo. Hacer patinaje artístico es también muy bonito. Y, sin embargo, no nos exigen a todas que seamos patinadoras. Montar a caballo también tiene su punto. Y, sin embargo, no te dan una silla y un caballo nada más nacer.

En una cadena de televisión informativa, pasan un documental sobre las chicas de los barrios de la periferia de las grandes ciudades. Para ser más exactos: sobre la pérdida inquietante de su feminidad. Vemos a tres niñas con buena cara jurando como un camionero. Una de ellas intenta atrapar a alguien que sube por el hueco de la escalera con la esperanza de propinarle una paliza. Barrio desangelado, juventud a la deriva y sin objetivos, chavales que saben que, probablemente, no tendrán más oportunidades que sus padres, es decir, nada de nada. Imágenes, siempre un poco molestas para alguien de mi edad, de una Francia que se ha vuelto un país del cuarto mundo. Una pobreza extrema que roza el lujo más indecente. Y en medio de todo eso, lo que inquieta a los reporteros, lo dicen sin reírse, es que las chicas ya no llevan falda. Y que hablan mal. Eso les sorprende, son sinceros. Se imaginan, tranquilamente, que las niñas nacen en una suerte de rosas virtuales y que se convertirán después en criaturas dulces y pacíficas. Incluso cuando se ven arrojadas a un mundo hostil donde más vale saber cómo dar un buen cabezazo si quieres sobrevivir mínimamente. Las chicas deberían ocuparse de que las cosas fueran bonitas, regando las plantas y cantando dulcemente. Eso es lo único que parece preocupar a los que han venido a filmarlas. Esas mujeres no se parecen a las mujeres de los barrios de clase alta, ni a las niñas de las revistas, ni a las chicas de las universidades de prestigio. El periodista que ha escrito este comentario tiene la impresión de

que ser una mujer como las mujeres que le rodean es algo natural. Que esta feminidad no tiene raza, ni clase, que no está construida políticamente, cree que si dejamos a las mujeres ser lo que son, naturalmente, de la manera más poéticamente admirable, se convertirán en mujeres como las que trabajan y cenan a su lado: en burguesas blancas como debe ser.

No es solamente mi naturaleza profunda, y lo que ella tenía de diferente, de brutal, de agresivo, de potente, lo que empece a domesticar. También aprendí a renegar de mi clase social.

No fue una decisión consciente. Más bien fue una estrategia de supervivencia social. Limitar los movimientos, físicamente, preferir los gestos suaves. Ralentizar la dicción. Privilegiar aquello que no da miedo. Volverme rubia. Arreglarme los dientes. Emparejarme con un hombre mayor que yo, más rico y más famoso. Querer tener un hijo. Hacer lo que hacen los demás. Después del escándalo de la película. Fundirme un poco en su decorado. Dar tiempo al tiempo. Dejar de beber. Tanto por preservar mi look como por evitar la desinhibición del alcohol. Y los comportamientos viriles que vienen con él: acostarse con cualquiera, intimar con el prójimo, hacer ruido, reírse demasiado. Volví a mi categoría, tal y como la entendía mi nuevo ambiente. Vestirse de rosa y llevar pulseras brillantes. Hice cuanto pude para pasar desapercibida... Pero no fue neutro. Fue un debilitamiento consentido.

Por suerte, existe Courtney Love, en concreto, y el punk-rock en general. Una tendencia a amar el conflicto. Intento recuperar la salud mental bajo mi sombra de rubia. El monstruo que habita en mí no se rinde. Mi novio me planta, no tengo hijos. El día de mi 35 cumpleaños es la muerte. Sin saber siquiera si todavía tenía algo que demostrarle al mundo, que soy una mujer como cualquier otra, con todas las veces que me han repetido «usted odia a los

hombres», yo me había empeñado en demostrar lo contrario. Qué idea tan absurda. Intentar probar que soy una mujer amable. Que incluso tiene hijos. Como lo prescribe la prensa. Pero cada uno lleva la vida que debe llevar, y todo eso no funciona en mi caso. No soy dulce, no soy amable, no soy una cheta. Tengo subidones de hormonas que me causan estallidos de agresividad. Si no viniera del punk-rock, me avergonzaría de lo que soy. Incapaz de adaptarme hasta ese punto. Pero vengo del punk-rock y estoy orgullosa de no lograrlo.

“EL PRIMER DEBER DE UNA MUJER ESCRITORA ES MATAR AL ÁNGEL DEL HOGAR”

VIRGINIA WOOLF

BUENA SUERTE CHICAS

En internet, me encuentro por casualidad con una carta firmada por Antonin Artaud. Una carta de ruptura, de alejamiento en todo caso, dirigida a una mujer que él declara haber amado. Comprendo que, en detalle, su historia debe ser complicada. Pero al final, la cosa queda así: «Necesito una mujer que sea únicamente mía y que pueda encontrar en mi casa en todo momento. Estoy desesperadamente solo. Por la noche, no puedo volver a una habitación solo, sin que ningún servicio de la vida me sea accesible. Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y una mujer que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos. Una artista como tú tiene su propia vida y no puede hacer eso. Todo lo que digo es de un egoísmo feroz, pero así es. Ni siquiera es necesario que esa mujer sea muy guapa, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atada a mí.»

Desde que soy niña, después de Goldorak y Candy, que pasaban en la tele a la salida del colegio, me apasiona invertir las cosas, simplemente para ver lo que pasa.

«Necesito un hombre que sea únicamente mío y que pueda

encontrar en mi casa en todo momento.» Esto suena inmediatamente muy distinto. El hombre no está ahí para quedarse en casa, ni para ser poseído. Incluso si yo necesitara o quisiera un hombre que fuera únicamente para mí, todo me aconsejaría moderar mis ardores y, al contrario, consagrarme completamente a él. No es la misma historia. No hay nadie a mi alrededor que haya sido asignado, políticamente, a sacrificar su vida para hacer la mía más confortable. Esta relación de utilidad no es recíproca. Del mismo modo, yo no podría escribir de un modo sinceramente egoísta- «Necesito un interior, y lo necesito urgentemente, y un hombre que se ocupe sin cesar de mí hasta en los detalles más ínfimos.» Si encontrara a un hombre así, sería porque tengo medios para asalariarlo. «Ni siquiera es necesario que ese hombre sea muy guapo, tampoco quiero que tenga una inteligencia excesiva, ni que reflexione demasiado. Basta con que esté atado a mí.»

Mi poder no reposará nunca sobre la sumisión de la otra mitad de la humanidad. Un ser humano de cada dos no ha venido al mundo para obedecerme, ocuparse de mi interior, cuidar mis hijos, gustarme, distraerme, confortar el poder de mi inteligencia, procurarme reposo después de la batalla, dedicarse a alimentarme bien... y es mejor así.

En la literatura femenina, los ejemplos de confrontación o de hostilidad contra los hombres son rarísimos. Censurados. Yo pertenezco a ese sexo que ni siquiera tiene derecho a tomárselo mal. Colette, Duras, Beauvoir, Yourcenar, Sagan, toda una historia de escritoras que juegan a mantener un perfil bajo, a dar la razón a los hombres, a disculparse por escribir repitiendo cuánto les aman, les respetan, les adoran y que, sobre todo, no quieren —pese a lo que escriben— echarlo todo por la borda. Todas sabemos que, en caso contrario, la manada se ocupará cuidadosamente de darnos nuestro merecido.

Año 1948, muere Antonin Artaud. Genet, Bataille, Bretón; los hombres explosionan los límites de lo decible. Violette Leduc comienza a redactar lo que se convertirá después en Teresa e Isabel. Un texto magistral. Beauvoir al leerlo escribe inmediatamente: «Es imposible publicarlo. Es una historia de sexualidad lesbiana tan cruda como las de Genet».

Violette Leduc edulcora el texto, que Queneau, autor de Zazie en el metro y editor, rechaza rápidamente: «imposible publicarlo abiertamente». Habrá que esperar a 1966 para que Gallimard lo edite.

Yo pertenezco a ese sexo, el que debe callarse, al que todos acallan. Y que debe tomárselo con cortesía, una vez más, jugar a mantener un perfil bajo. A riesgo de que te borren del mapa. Los hombres saben mejor que nosotras lo que podemos decir sobre nosotras mismas. Las mujeres, si quieren sobrevivir, tienen que aprender a entender las órdenes. Que no me vengan a contar que las cosas han evolucionado tanto y que ya no es lo que era. A mí no. Lo que yo he soportado por ser mujer escritora es el doble de lo que un hombre soporta.

Simone de Beauvoir empieza las Cartas al Castor con esta primera carta que le escribe Sartre: «¿Querría usted ser tan amable y llevar mi ropa sucia (en el cajón inferior del armario) a la lavandería esta mañana? Dejo la llave puesta en la puerta. La amo tiernamente, mi amor. Ayer tenía usted una carita tan mona al decir: "Ah, usted me ha mirado, me ha mirado" y, cuando lo pienso, se me rompe el corazón de ternura. Adiós, cariñito.» Démosle la vuelta a todo, démosle la vuelta a la ropa sucia y a la carita tan mona. Así entenderemos mejor de qué sexo somos, el sexo de la ropa sucia de los otros, el de las caritas monas.

Como escritora, la política se organiza para ralentizarme, para

discapacitarme, no tanto como individuo sino más bien como mujer. Y esto no es algo que yo me tome con gracia, filosofía o pragmatismo. Puesto que se me impone, lo asumo. Lo hago con rabia. Sin humor. Incluso cuando agacho la cabeza y escucho todo aquello que no quiero oír y me callo porque no tengo otra alternativa. No tengo intención de disculparme de lo que se me impone, ni de aspirar a encontrarlo formidable.

Angela Davis habla de la esclava negra americana: «Ella había aprendido a través del trabajo que su potencial de mujer era equivalente al del hombre.»

El sexo débil, eso siempre ha sido una broma. Podemos despreciar todo lo que queramos a las mujeres negras que vemos mover el culo con una eficacia perturbadora en los clips de 50 Cents, podemos compadecerlas pensando que se las utiliza y degrada como mujeres: son hijas de esclavas que han trabajado como los hombres, a las que se ha azotado como a los hombres. Angela Davis: «Pero a las mujeres no sólo se les azotaba y mutilaba, también se les violaba». Preñadas a la fuerza y obligadas a criar sus hijos solas. Pero sobrevivieron. Lo que las mujeres han recorrido no es sólo la historia de los hombres, como los hombres, sino su propia opresión específica. Una historia de una violencia inaudita. De ahí que surja una proposición simple: iros todos a tomar por el culo, con vuestra forma condescendiente de mirarnos, con vuestras simulaciones de fuerza garantizadas por el colectivo, vuestra protección puntual o vuestra manipulación de víctimas para las que la emancipación femenina sería algo difícil de soportar. Lo que sigue siendo difícil es ser mujer y aguantar todas vuestras estupideces. Las ventajas que vosotros sacáis de nuestra opresión en realidad son trampas. Cuando defendéis vuestros derechos masculinos, sois como los empleados de un gran hotel que se creen los propietarios de la finca... siervos arrogantes, eso es lo que sois.

Cuando el mundo capitalista se viene abajo y no puede abastecer las necesidades de los hombres, cuando no hay trabajo, ni dignidad en el trabajo, en medio de exigencias económicas crueles y absurdas, de vejaciones administrativas, de humillaciones burocráticas, de la seguridad de que nos engañan cada vez que compramos algo, se nos toma de nuevo por las únicas responsables. Lo que les hace sentirse infelices es nuestra liberación. No es culpa del sistema político, sino de la emancipación de las mujeres.

¿Querer ser un hombre? Yo soy mejor que eso. No me interesa el pene. No me interesa ni la barba ni la testosterona, yo tengo todo el coraje y la agresividad que necesito. Pero claro que quiero todo lo que un hombre puede querer, como un hombre en un mundo de hombres, quiero desafiar a la ley. Frontalmente. Sin atajos y sin excusas. Quiero obtener más de lo que me prometieron al principio. No quiero que me cierren la boca. No quiero que me digan lo que tengo que hacer. No quiero que me abran la piel para hincharme los pechos. No quiero tener un cuerpo longilíneo de adolescente cuando me acerco a los cuarenta. No quiero huir del conflicto para esconder mi fuerza y evitar perder mi feminidad.

Liberan a una rehén. Ella declara en la radio: «Por fin he podido depilarme, perfumarme, recuperar mi feminidad.» Al menos ése es el fragmento que han decidido seleccionar. Ella no quiere caminar por la ciudad, ver a sus amigos o leer el periódico. ¿Lo que quiere es depilarse? Es su derecho inalienable. Pero que no me pidan que me parezca normal.

Monique Wittig: «Hemos caído de nuevo en la trampa, en el familiar callejón sin salida de qué-maravilloso-es-ser-mujer.» Una afirmación que repiten sin problemas los hombres. Y que sus colaboradoras citan, siempre prestas a defender los intereses del amo. Es lo que a los hombres maduros les gusta decirnos. Se callan el

final lógico de su «qué maravilloso es ser mujer»: joven, delgada y con posibilidad de gustarle a los hombres. Si no, no hay nada de maravilloso en ello. Es simplemente el doble de alienante.

A los hombres les gusta hablar de las mujeres. Así no tienen que hablar sobre sí mismos. ¿Cómo se explica que en los últimos treinta años ningún hombre haya producido un texto innovador sobre la masculinidad? Ellos que son tan locuaces y tan competentes cuando se trata de disertar sobre las mujeres, ¿cómo se explica ese silencio con respecto a sí mismos? Porque sabemos que cuanto más hablan, menos dicen. Sobre lo esencial, lo que tienen realmente en la cabeza. ¿Quizás quieren que seamos ahora nosotras las que hablemos de ellos? ¿Querrán, por ejemplo, que digamos qué es lo que pensamos nosotras, desde fuera, de sus violaciones colectivas? Diremos que ellos quieren verse follando entre ellos, mirarse las pollas los unos a los otros, empalmarse juntos, diremos que tienen ganas de metérsela entre ellos por el culo. Diremos que de lo que tienen ganas, realmente, es de follar entre ellos. A los hombres les gustan los hombres. Nos explican todo el rato cuánto les gustan las mujeres, pero todas sabemos que no son más que palabras. Se quieren entre hombres. Se follan unos a otros a través de las mujeres, muchos de ellos piensan en sus amigos mientras la meten en un coño. Se miran a sí mismos en el cine, se dan los mejores papeles, se sienten potentes, fanfarronean, alucinan de ser tan fuertes, tan guapos y de tener tanto valor. Escriben unos para otros, se felicitan mutuamente, se apoyan. Tienen razón. Pero de tanto escucharles quejarse de que las mujeres no follan bastante, de que no les gusta tanto el sexo como haría falta, de que no entienden nada, acabamos preguntándonos: ¿A qué esperan para darse por el culo los unos a los otros? Venga. Si eso os puede devolver la sonrisa, entonces es que está bien. Pero entre las cosas que les han inculcado bien está el miedo de ser marica, la obligación de que les gusten las mujeres. Así que se sujetan. Refunfuñan,

pero obedecen. Y de paso, furiosos por tener que someterse, le dan un par de hostias a una o dos chicas.

Hubo una revolución feminista. Se articularon discursos, a pesar del decoro y frente a la hostilidad. Y eso sigue en marcha. Pero, de momento, nada con respecto a la masculinidad. Un silencio aterrorizado de chavales frágiles. Ya basta. El sexo que se dice fuerte es precisamente el que hay que proteger sin cesar, el que hay que confortar, curar, cuidar. Al que hay que proteger contra la verdad. Las mujeres son tan cabronas como ellos y los hombres tan putos y tan madres como ellas, todos estamos en medio de la misma confusión. Hay hombres que están hechos para ocuparse del jardín, de la decoración interior y para llevar a los niños al parque; y mujeres con un cuerpo capaz de agujerear la cabeza de un mamut, de hacer ruido y de tender emboscadas. A cada cual su terreno. El eterno femenino es una tremenda broma. Cualquiera diría que la vida de los hombres depende de seguir ocultando esta mentira... mujer fatal, conejita, enfermera, lolita, puta, madre bondadosa o castradora. Eso son sólo películas. Puesta en escena de signos y precisión de los disfraces. ¿De qué queremos tranquilizarnos con todo esto? No sabemos exactamente qué riesgo correrían si todos estos arquetipos construidos se vinieran abajo: las putas son individuos como cualquier otro; las madres no son intrínsecamente ni buenas ni valientes ni cariñosas, ni tampoco los padres, eso depende en cada caso, de la situación, del momento.

Liberarse del machismo, esta trampa para bobos sólo sirve para calmar a los idiotas. Admitir que no queremos respetar las reglas del reparto de cualidades. Ni el sistema de mascaradas obligatorias. ¿Cuál es la autonomía de la que los hombres tienen tanto miedo que prefieren seguir callándose y no inventar nada nuevo, ningún discurso nuevo, crítico, creativo acerca de su propia condición?

¿Para cuándo la emancipación masculina?

A ellos, a vosotros, os toca ahora independizaros. «Sí, pero cuando somos amables, las mujeres prefieren los brutos», se quejan los antiguos privilegiados. Falso. A algunas mujeres les gusta la potencia, no les da miedo que otros sean potentes. Pero la potencia no es la brutalidad. Ambas nociones son bien distintas.

LEMMY CANTONA BREILLAT PAM GRIER HANK BUKOWSKI CAMILLE PAGLIA DENIRO TONY MONTANA JOEY STARR ANGELA DAVIS ETA JAMES TINA TURNER MOHAMED ALI CHISTIANE ROCHE-FORT HENRI ROLLINS AMELIE MORESMO MADONNA COURTNEY LYDIA LUNCH LOUISE MICHEL MARGUERITE DURAS CLINT JEAN GENET… Cuestión de actitud, de valentía, de insumisión. Existe una clase de fuerza, que no es ni masculina ni femenina, que impresiona, que enloquece, que da seguridad. Una capacidad de decir que no, de imponer una visión propia de las cosas, de no ocultarse. Me da lo mismo que el héroe lleve falda y tenga dos tetas como melones o que la tenga como un toro y fume puros.

Claro que es penoso ser mujer. Miedos, obligaciones, imperativos de silencio, llamadas a un orden que es el mismo desde hace tiempo, festival de limitaciones imbéciles y estériles. Siempre como extranjeras, haciendo los peores trabajos, suministrando la materia prima y asumiendo un perfil bajo… Pero, frente a lo que significa ser un hombre, eso parece una broma… Porque, al final, no somos nosotras las que tenemos más miedo, ni las que estamos más desarmadas, ni a las que les ponen más trabas. El sexo del aguante, de la valentía, de la resistencia, siempre ha sido el nuestro. De todos modos, tampoco hemos tenido elección.

El verdadero coraje. Confrontarse con lo nuevo. Posible. Mejor.

¿Fracaso en el trabajo? ¿Fracaso en la familia? Buenas noticias. Puesto que cuestiona, inmediatamente, la virilidad. Otra buena noticia. De estas tonterías, ya hemos tenido bastante.

El feminismo es una revolución no un reordenamiento de consignas de marketing, ni una ola de promoción de la felación o del intercambio de parejas, ni tampoco una cuestión de aumentar el segundo sueldo. El feminismo es una aventura colectiva, para las mujeres pero también para los hombres y para todos los demás. Una revolución que ya ha comenzado. Una visión del mundo, una opción. No se trata de oponer las pequeñas ventajas de las mujeres a los pequeños derechos adquiridos de los hombres, sino de dinamitarlo todo.

Y dicho esto, buena suerte chicas y mejor viaje…

BIBLIOGRAFÍA

ALMODOVAR, Norma J., Cop to Call Girl: Why I Left the LAPD to Make an Honest Living as a Beverly Hills Prostitute. Nueva York, Simon & Schuster, 1993

ARTAUD, Antonin, La pèse nerfs, (1925), París, Gallimard, 1988. [El pesa-nervios, Buenos Aires, 1959.]

BEAUVOIR, Simone de, Le Deuxieme Sexe, París, Gallimard, 1949. [El segundo sexo, Madrid, 1999.]

BUTLER, Judith, Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity, Nueva York, Routledge, 1990. [El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad, México, 2001.]

CALIFIA, Pat, Public Sex: The Culture of Radical Sex, San Francisco, Ciéis Press, 1994.

CARTHONNET, Claire, J'ai des choses à vous diré: Une prostituée témoigne, París, Robert Laffont, 2003.

CORNELL, Drucilla (ed.), Feminism and Pornography, Oxford,

Oxford University Press, 2000.

DAVIS, Ángela Y., Women, Race and Class, New York, Vintage Books, 1981. [Mujeres, raza y clase, Madrid, 2004.]

GAUNTLET, Special Issue Sex Work in the United States, n. 7,1997.

HALIMI, Gisèle, La Cause des femmes, París, Grasset, 1974.

HARLOT, Scarlot, Unrepentant Whore: The Collected Works of Scarlot Harlot, San Francisco, Last Gasp, 2004

HPG, Autobiographie d'un hardeur, París, Hachette Littérature, 2002.

LAURETIS, Teresa de, Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1984.

—. The Practice of Love. Lesbian Sexuality and Perverse Desire, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1994.

LEBLANC, Lauraine, Pretty in Punk. Girls' Gender Resistance in Boys' Culture, New Brunswick, Rutgers University Press, 2001.

LEBRUN, Annie, Lâchez tout, París, Le Sagittaire, 1977.

LE DOEUFF, Michèle, L'étude et le rouet, Paris, Seuil, 1989. [El estudio y la rueca, Madrid, 1993]

LEDUC, Violette, Thér èse et Isabelle, París, Gallimard, 1955.

LOFTUS, David, Watching Sex: How Men Really Respond to

Pornography, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2002.

LUNCH, Lydia, Paradoxia. A Predator's Diary, London, Creation Press, 1997.

ORBACH, Susie, Fat Is A Feminist Issue, Nueva York, Berkley Publishing Group, 1978.

PAGLIA, Camille, Vamps and Tramps, Nueva York, Vintage, 1992. [Vamps and Tramps. Más allá del feminismo Madrid, 2001.]

PERROT, Michelle, Les Femmes ou les Silences de l'Histoire, París, Flammarion, 2001.

PHETERSON, Gail (ed.) A Vindication of the Rights of Whores. Seattle, Seal Press, 1989.

—. The Prostitution Prism, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1996. [El prisma de la prostitución, Madrid, 2000.]

PRECIADO, Beatriz, Manifesté Contra-Sexuel, París, Balland, 2000. [Manifiesto Contra-Sexual, Madrid, 2002.1

—. «Gigantas, Casas, Ciudades: Notas para una topografía del género y la raza / Giantesses, Houses, Cities: Notes for a Political Topography of Gender and Race», Artecontexto, Gender and Territory, Autumn, 2005.

QUEEN, Carol, Real, Live, Nude Girl: Chronicles of Sex-Positive Culture, San Francisco, Cleis Press, 1997.

RAHA, María, Cinderella's Big Score, Women of the Punk and Indie Underground, Emeryville, Seal Press, 2005.

RICH, Ruby, Chick Flicks: Theories and Memories of the Feminist Film Movement, Durham, Duke University Press, 1998.

RIVIERE, Joan, «Womanliness as Masquerade», The International Journal of Psychoanalysis, vol. x, 1929, pp. 303-313. [La femineidad como máscara, Barcelona, 1979]

ROBERTS, Nina, J'assume, París, Scali, 2005.

RUBIN, Gayle, «Sexual Traffic», Interview with Judith Butler, Feminism meets Queer Theory, Indianapolis, Indiana University Press, 1997.

SÁEZ, Javier, Teoría queer y psicoanálisis, Madrid, Síntesis, 2004.

SOLANAS, Valerie, Scum Manifesto, London, Phoenix Press, 1991. [Scum, Madrid, 2002.]

SPRINKLE, Annie, Hardcore from the Heart: The Pleasures, Profits and Polines of Sex in Performance, London, Continuum, 2001.

TEA, Michelle, Rent Girl, San Francisco, Alternative Comics, Last Gasp, 2004.

VON FRANTZ, Marie-Louise, La Femme dans les Cantes de Fées, París, La Fontaine de Fierre, 1979. .

WILLIAMS, Linda, Hard Core. Power, Pleasure and the Frenzy of the Visible, Berkeley, University of California Press, 1989.

WITTIG, Monique, The Straight Mind, Boston, Beacon Press, 1992. [El pensamiento heterosexual, Madrid, 2005.]

WOLLSTONECRAFT, Mary. A Vindication of the Rights of Woman (1792), Nueva York, Norton Critical Editions, 1988. [Vindicación de los derechos de la mujeres, Madrid, 1998.]

WOOLF, Virginia, A Room of One’s Own (1929), Orlando, Harvest Books, 1989. [Una habitación propia, Barcelona, 2001]